

circular que refuerza las ideas centrales de la pieza, pero que también deja entrever, de modo muy sutil, una brecha de esperanza.

El texto se distribuye en cinco partes compuestas de escenas de diversa extensión, lo cual facilita que la acción fluya con un ritmo afín al de la novela y el cine. Triana introduce episodios y desarrolla en profundidad varios personajes sólo abocetados en la novela para enriquecer la pintura del ambiente de esos burgueses prósperos de las primeras décadas del siglo, quienes, ante el fracaso de la recién instaurada república se entregaron a las drogas y a las triquiñuelas políticas como únicos asideros para vivir, escudados siempre tras una imponente apariencia de respetabilidad.

En contraste con el naturalismo que conforma el texto de Carrión, Triana abunda en momentos de verdadera poesía que suavizan las asperezas de la trampa y contribuyen a subrayar el tono evocador del "flash-back" de la protagonista. El autor no puede dejar de caer en la trampa provocada por la lejanía impuesta por su exilio en París y conjura al pasado cubano con la ayuda de la poesía. Gracias a ella Palabras comunes supera en emoción y en belleza a Las honradas de Carrión.

JOSÉ A. ESCARPANTER
Auburn University

"MEDEA EN EL ESPEJO, LA NOCHE DE
LOS ASESINOS, PALABRAS COMUNES"

JOSÉ TRIANA

MADRID: VERBUM, 1998.

Medea en el espejo

Tres actos

Para Francisco Morín

PERSONAJES

MARÍA: mulata.

ERUNDINA: negra, vieja sirvienta.

LA SEÑORITA AMPARO: mestiza, muy flaca.

JULIÁN: rubio, muy hermoso.

PERICO PIEDRA FINA: blanco, gordo, cincuenta años.

MADAME PITONISA.

DOCTOR MANDINGA.

CORO:

Muchacho vendedor de periódicos, billetes y revistas.

Barbero: blanco, melnudo.

Mujer de Antonio: mulata, muy gorda.

Bongosero.

TIEMPO: Hace algunos años...

LUGAR: En el patio de un solar.

LA ACCIÓN TRANSCURRE EN EL:

PRIMER ACTO: El mediodía y las primeras sombras del atardecer.

SEGUNDO ACTO: La noche y la madrugada.

TERCER ACTO: El alba y la mañana.

MEDEA EN EL ESPEJO fue estrenada el 17 de diciembre de 1960, en la Sala Teatro Prometeo, bajo la dirección de Francisco Morín, con escenografía y vestuario de Andrés García, e interpretada por Asenneh Rodríguez, René Sánchez, Isaura Mendoza, Clara Luz Noriega, Arturo Robles, Wember Bros, René Franquiz, Alberto Vila y Cristina Gay.

PRIMER ACTO

ESCENA PRIMERA

(MARÍA, sola.)

(Al levantarse el telón aparece, en el medio de la escena, MARÍA. Se oye un rumor de cantos de niños: "Estaba la pájara pinta sentada...")

MARÍA.— No, no puede ser cierto. Debo controlarme. Pero..., ¿cómo es posible que esto me venga a ocurrir ahora, precisamente ahora, que quería sentarme un poco a respirar? Tengo que actuar con cautela. Los demás intentan hacerme saltar. Lo leo en sus rostros. Es algo que no necesita descifrarse. ¿Hay gato encerrado? Me armaré de valor y confianza. Julián me ama. Julián es el padre de mis hijos. Julián, Julián. Mi destino eres tú.

ESCENA SEGUNDA

(MARÍA y ERUNDINA.)

Aparece ERUNDINA por el lateral izquierdo.)

MARÍA.— Me pondré a la altura de las circunstancias.

ERUNDINA.— (Susurrante.) María, María.

MARÍA.— ¿Qué quieres?

ERUNDINA.— Te anduve buscando por todo el solar.

MARÍA.— (Abanicándose.) Adentro me ahogo. Esos cuartos dan grima.

ERUNDINA.— Es necesario que vuelvas.
 MARÍA.— ¿Por qué tanta prisa?
 ERUNDINA.— Te lo pido.
 MARÍA.— ¿Qué pides?
 ERUNDINA.— Que vengas.
 MARÍA.— No quiero.
 ERUNDINA.— Te traje el espejo.
 MARÍA.— ¿El espejo?
 ERUNDINA.— Anjá.
 MARÍA.— ¿Qué pretendes que haga aquí con eso?
 ERUNDINA.— Debes mirarte en él. (*Pausa.*) Anoche no dormiste.
 MARÍA.— ¿Me espías?
 ERUNDINA.— Hace tantas noches que no cierras los ojos...
 MARÍA.— ¿Pertenece al ejército de salvación?
 ERUNDINA.— Recuerda quién eres, María. Además dentro de un ratito han de pasar las comparsas.
 MARÍA.— Me estoy poniendo vieja, Erundina.
 ERUNDINA.— Te estás haciendo el muerto para ver el entierro que te hacen.
 MARÍA.— (*Irónica.*) Tengo que saber lo que hay en todo esto.
 ERUNDINA.— (*Con sorna.*) ¿Vas a ir al centro espiritista?
 MARÍA.— ¿Ha regresado Julián?
 ERUNDINA.— ¿A qué viene esa pregunta? (*Pausa.*) ¿Le viste acaso?
 MARÍA.— No.
 ERUNDINA.— Pues, entonces...
 MARÍA.— (*Interrumpiendo.*) Entonces, tendré que llamar a Madame Pitonisa. Necesito un buen despojo.
 ERUNDINA.— ¿Crees que sea cosa de brujería que Julián haya desaparecido de tu casa? ¿Vas a encontrar el motivo en las cartas de la baraja?
 MARÍA.— No me controles.
 ERUNDINA.— Deseo ayudarte.
 MARÍA.— ¿Te lo he pedido?
 ERUNDINA.— Velo por tus hijos.
 MARÍA.— (*Extrañada.*) ¿Por mis hijos? (*Desesperada.*) ¿Dónde están?
 ERUNDINA.— En el traspatio con los hijos de Carmelina.
 MARÍA.— No quiero verlos.

ERUNDINA.— Pobres criaturas. ¡Qué culpa tienen ellos! Cuando los dejé habían terminado con la merienda y delectaban los muñequitos. En ese mismo momento llegó Salustiano. Está que es un puro hueso. Parece que no se lleva bien con su mujer. Al menos, eso me dio a entender. También me confesó que se siente muy preocupado con la desaparición de Julián. La gente no habla de otra cosa. María, escúchame, María. ¿Qué va a ser de ti? ¿Se habrá ido a traficar...? Acuérdate de lo que le pasó en Nochebuena. ¿Lo habrá cogido otra vez la policía?
 MARÍA.— Cállate.
 ERUNDINA.— Toda la vida se la ha pasado en este tira y encoge. ¿Qué tiene de particular?
 MARÍA.— Que te calles.
 ERUNDINA.— Si tanto te molesta, allá tú. (*Como si hablara con otra persona.*) Mira que se lo he advertido... María, deja ese barrenillo. María, pon a funcionar tus cinco sentidos. Pero como si hablara con la pared. Ni caso. (*A MARÍA.*) Ya verás lo que te va a dejar el Juliancito ese. Ya tú verás. (*Como si volviera a hablar con una persona invisible.*) Qué cabeza más dura. Es como una obsesión. Algo que se le ha metido entre ceja y ceja, que no dejará mientras viva. (*A MARÍA.*) Por ahí se corre que hay cierta y determinada intriga de Perico Piedra Fina, ese tenebroso ministro de las fuerzas del mal.
 MARÍA.— Cómo te gusta el brete. ¿Qué te propones?
 ERUNDINA.— La verdad. Sólo la verdad.
 MARÍA.— (*Riendo.*) La verdad. Erundina busca la verdad. Erundina intenta engañarme buscando la verdad. La verdad se vende en la esquina, en la bodega del chino Miguel. La verdad es un mango o una naranja. (*En otro tono.*) Estás loca, Erundina. Loca de remate.
 ERUNDINA.— Rectifica, María. Todavía tienes tiempo.
 MARÍA.— El disparate te divierte.
 ERUNDINA.— Piensa, piensa, piensa hasta llegar al final del final más allá del final.
 MARÍA.— Ojalá pudiera.
 ERUNDINA.— Si te ocultas, si te ocultas como una insensata, jamás llegarás.

MARÍA.— Miro siempre lo que tengo delante.

ERUNDINA.— Te quedas en la bobería.

MARÍA.— ¿Tú crees?

ERUNDINA.— Lo creo.

MARÍA.— (*Jugando.*) Entonces, soy lo que seré.

ERUNDINA.— Qué ingenua. Para llegar a ello no olvides que nadie escapa.

MARÍA.— Hay aire de chubasco.

ERUNDINA.— No te aguanto más. Me sacas de quicio. Me indigestas.

MARÍA.— ¿Son éstos los modales propios de tratar a una señora? Me has mentido, Erundina. Indudablemente no fuiste a un colegio de monjas. Tendré que vigilar la educación de mis hijos.

ERUNDINA.— ¿Vigilar la educación de tus hijos?

MARÍA.— Así es.

ERUNDINA.— Pero, María...

MARÍA.— No quiero que se acostumbren a tanto desparpajo. Yo misma hago esfuerzos. (*La mira con desprecio.*) Hablamos de cosas distintas. Llamaré a la Señorita Amparo. Es importante que reciba nuevas instrucciones. (*Se saca del pecho un silbato y un ramito de albahaca. Se santigua.*) Ay, los asuntos domésticos son una salación. (*Hace una llamada con el silbato.*)

ERUNDINA.— (*Como si hablara con otra persona no visible.*) Ay, ésta qué se trae entre manos. (*Confidencial.*) Sí, he sido yo, la muerta de hambre que ven aquí, quien le lavó los pañales cuando estaba aún recién nacida. He sido yo..., yo..., porque su madre quedó en el parto y mi pobre Evaristo, que tenía el corazón más grande que una casa y que era amigo de su padre, me aconsejó: "Métela en la cuna y tráela y haz de ella una mujer de provecho". Y yo la veía tan chiquitica y me daba tanta lástima... (*En otro tono.*) ¿Se habrá vuelto loca?

ESCENA TERCERA

(MARÍA, ERUNDINA y la SEÑORITA AMPARO.)

Aparece la SEÑORITA AMPARO. Su edad oscila entre los treinta y los treinta y cinco. Viste traje de warandol floreado. Lleva el pelo recogido en un enorme moño.)

SEÑORITA.— (*A MARÍA.*) Buenas. (*Se abrazan.*)

ERUNDINA.— No atino a creerlo. (*Mirando con desprecio a la SEÑORITA AMPARO.*) Ahora el apretón es con la cotorra desplumada.

MARÍA.— (*A la SEÑORITA.*) Lo mismo digo.

ERUNDINA.— Con qué finura se tratan.

SEÑORITA.— (*A MARÍA. Muy circunspecta.*) ¿Me llamaba?

ERUNDINA.— (*Hablando con un personaje invisible.*) Disimularé. No vaya a pensar María que me muero de envidia.

MARÍA.— En efecto tenemos que resolver asuntos de suma trascendencia. Antes de empezar, dime: ¿a qué hora llegaste?

ERUNDINA.— A las nueve y cuarto en punto.

MARÍA.— Qué barbaridad. A eso se llama relajo. ¿No estás contenta con los honorarios?

SEÑORITA.— Sí, señora, sí. Lo que pasa es que tuve que ir al Hospital a llevar unas naranjas a la cuñada de la sobrina de una ahijada de mamá... Y la ruta uno...

MARÍA.— ¿Me quieres meter gato por liebre?

SEÑORITA.— (*Atemorizada.*) No, señora. La ruta uno...

MARÍA.— Rechazo las excusas.

SEÑORITA.— La ruta uno...

ERUNDINA.— (*Gritando, precipitándose.*) La ruta uno. Esa ruta es espantosa. Los otros días, cuando fui a la botica a buscar la medicina que me recetó el Caballero de París para esos mareos que me traían al garetè, me encontré, esperándola, en la Plaza de la Fraternidad, con una cola tan enorme, que me dieron unos sudores fríos y la gente me echó fresco hasta que vinieron los de la Cruz Roja...

SEÑORITA.— (*A ERUNDINA, con desprecio.*) Interrumpir para esa bobería. Qué vulgaridad.

ERUNDINA.— Qué falta de respeto a mis canas. (*En otro tono.*) Más imbécil es tu madre y todo el mundo la trata.

MARÍA.— (*Con violencia.*) Basta ya. (*Dulcificando la expresión.*) Ay, Señorita Amparo, deseo, sobre todas las cosas, que se sienta a gusto entre nosotros. Le mandaré aumentar la ración de boniatillo.

SEÑORITA.— Ay, qué buena es. Qué delicia.

MARÍA.— Ahora, eso sí, exijo, óigalo bien, exijo de su parte una mayor puntualidad. (*Pausa breve. Solemne.*) Desde este instante, excluyo a Erundina de la educación de mis hijos.

ERUNDINA.— Oye, María, no me hagas esa trastada.
 MARÍA.— Órdenes estrictas.
 ERUNDINA.— (*En un arranque de histeria.*) Sabotaje. Sabotaje.
 SEÑORITA.— Las órdenes funcionan como razones.
 ERUNDINA.— No la creía capaz. Con lo que me he sacrificado. (*Sarcástica.*) Cría cuervos y te sacarán los ojos.
 SEÑORITA.— (*Con gran parsimonia.*) ¿Puedo retirarme?
 MARÍA.— Espera un segundo. ¿Cuándo empiezan las clases de Educación Física? Ah, sí, el miércoles. Seré generosa. Te aumentaré dos pesos por las clases.
 SEÑORITA.— Gracias, señora. Gracias. ¡Ay! Virgen de Regla, ilumínala. (*Cae de rodillas.*) No sospecha, señora María, los problemas que solucionaré con ese aumento. Mande lo que quiera y cuando quiera.
 MARÍA.— Levántate. Por favor, no es para tanto. Un simple acto de hermandad. (*Mirando a ERUNDINA con intención.*) La agradecida soy yo. Ay, qué felicidad, saber que mis hijos han caído en buenas manos. (*Pausa.*) Muy bien. Entremos en confianza.
 ERUNDINA.— ¿Vas a comprobar si tengo o no razón?
 MARÍA.— (*A ERUNDINA.*) ¿Quién te dio velas en este entierro?
 ERUNDINA.— (*Burlándose.*) ¡Ay, qué fúnebre estás!
 MARÍA.— Hablaré claro, señorita Amparo. (*Pausa. Muy rápida.*) Es cosa sabida, y si no, compruébelo en la experiencia. (*Tono melodramático.*) Los demás deciden la conducta de una mujer... (*Otro tono.*) Desde que yo era así de chiquitica... (*Señala como medida la punta de un dedo.*) La vieja Erundina solía hacerme estas observaciones. (*Transición.*) Últimamente con la vieja Erundina resulta imposible el trato. Los defectos se le han ido acentuando con la vejez.
 SEÑORITA.— Señora, perdóneme, le suplico...
 MARÍA.— ¿Qué me suplicas?
 SEÑORITA.— Que no vaya tan ligera.
 ERUNDINA.— (*A la SEÑORITA.*) Déjala terminar.
 MARÍA.— ¿Por dónde iba? Ah, sí, perfecto. La vieja Erundina decía: "La mujer es como la rosa. Nadie se atreve a tocar uno de sus pétalos. No se hable de ella. Contémplesela. Aspírese su perfume. Una palabra puede hierla de muerte".

SEÑORITA.— (*Como si hablara con otra persona.*) ¿A qué viene todo este discursito?
 MARÍA.— Pues bien, alguien ha organizado tremendo show con el objeto de destruirme.
 SEÑORITA.— ¿Destruirla?
 MARÍA.— Como lo oye.
 ERUNDINA.— ¿Destruirte?
 MARÍA.— Sí. Empleando la táctica del sun-sun, del comentario, se consiguen resultados espléndidos. María es esto aquí. María hace lo otro allá.
 ERUNDINA.— ¿Sugieres que he sido yo?...
 MARÍA.— ¿Te he señalado en algún momento?
 ERUNDINA.— Me pones fuera de mí.
 MARÍA.— No hagas un drama.
 ERUNDINA.— Es que...
 MARÍA.— Permanece indiferente. ¿Por qué te preocupas...? Hace unos quince minutos dijiste que Salustiano, mi amigo de la infancia, que vive en el otro extremo opuesto de la ciudad, había llegado a mi cuarto con extraños temores.
 ERUNDINA.— Es cierto.
 MARÍA.— ¿Se puede averiguar cuál es la clave de estos temores?
 ERUNDINA.— (*Confundida.*) Qué sé yo... (*Rotunda.*) Pregúntaselo a él.
 MARÍA.— ¿No serán infundios perversos?
 ERUNDINA.— ¿Infundios? ¿Infundios perversos? (*Agarrando por un brazo a la SEÑORITA AMPARO que no sabe qué decir, que tose y se rasca la nariz.*) Dígale si Salustiano vino. Dígale si está jugando con los niños. Dígale si no estuvo largo rato hablando con Julián. Dígale. No se ponga como una pazguata.
 SEÑORITA.— (*Que se siente acorralada.*) Bueno, a decir verdad y a resulta ser...
 ERUNDINA.— Dígale lo que dijo, anda... ¿Te has quedado muda? ¿Te han comido la lengua los ratones?
 MARÍA.— Triste destino el mío.
 ERUNDINA.— La señorita Amparo se ha quedado en babia o en la luna de Valencia.
 MARÍA.— Ah, infortunio. ¿Qué mal es el mío que los demás cono-

ciéndolo no se atreven a nombrar? ¿Qué mal, oh, sombra de las sombras? ¿Cáncer o tuberculosis? (*Rechazando una horrible visión.*) Lepra. ¿Será eso lepra? ¿Mi cuerpo ha sido tocado por las llagas del diablo? Oh, lepra, lepra, lepra.

ERUNDINA.— (*A MARÍA.*) Confía. Confía en ella. Ella te va a dar la salvación. Ella va a hacer de ti lo que he hecho yo. Ahí la tienes, ahora soy la perjura. Ahora soy la apestada. Éste es el papel que consideras que represento. Erundina ha sido la mujer de goma. Erundina nunca ha visto claro. Erundina vive y ha vivido entre espejismos.

MARÍA.— (*Se mueve dando largos resoplidos.*) Ay, ay. Todo me demuestra que soy una mujer que anda como un trapo en la lengua del vecindario. (*Burlándose.*) Que soy una rosa herida de muerte. Ay, yo..., yo..., María Candela..., ¿dónde me pongo?... ¿Dónde me pongo? (*Pausa. En otro tono.*) Frente a tal síntoma, no me dejaré arrastrar. Mi conducta es una. Seguiré firme.

ERUNDINA.— Confíate, confíate. La señorita Amparo desde hoy en adelante será tu perro fiel. Adelante, adelante, María. No detengas tu paso. La señorita Amparo cuidará de tus hijos, mañana y tarde. La señorita Amparo servirá de mulo de carga. La señorita Amparo es la perfección.

SEÑORITA.— (*Sin comprender.*) Bueno, en tal caso...

MARÍA.— (*Interrumpiendo.*) Analizaré mi situación. Julián ha desaparecido de casa hace por lo menos un mes.

SEÑORITA.— (*Fingiendo.*) ¿Desaparecido?

ERUNDINA.— Sí, desaparecido. Como si no lo supieras... Hipócrita.

MARÍA.— Algo de poca importancia, naturalmente: según los ojos que lo vean. Julián, de vez en cuando, da algunos viajesitos.

SEÑORITA.— Los otros días pasé por la puerta de la casa de la prima Berta, la ahijada de Candelaria, me detuve y oí que decían una cosa por el estilo.

MARÍA.— (*Exagerando.*) Los hombres, en general, mantienen costumbres de índole muy privada. Pero..., comprendo esas necesidades. Los negocios, los amigos, los amigos, una borrachera, un desliz... Vaya, excusas. Resulta tan aburrida la vida en común...

SEÑORITA.— Qué enredo, Virgen Santa.

ERUNDINA.— (*Abanicándose con un pañuelito y quitándose el sudor de la*

frente.) Tendré que llamar al doctor Mandinga o a Madame Pitonisa.

SEÑORITA.— Al menos...

ERUNDINA.— María no debe continuar en ese trajín. O se pone como un fideo de flaca o hay que meterla en Mazorra.

SEÑORITA.— Yo le aseguro...

ERUNDINA.— Menos mal que su madre, que en paz descansa, no puede ver este cuadro; porque si no, nadie le quitaba una embolia.

MARÍA.— Cada vez que me detengo a pensar en lo que he sido y cómo me he sacrificado..., porque lo más triste del caso es que todos me empujan hacia el vacío, hacia mi padre muerto, hacia mi hermano ahorcado.

ERUNDINA.— (*Grita.*) Ah, ya sé.

SEÑORITA.— Qué susto. Vieja, aguante esos impulsos.

ERUNDINA.— Un bilongo.

SEÑORITA.— ¿Un bilongo?

ERUNDINA.— Un bilongo.

SEÑORITA.— No me haga reír.

ERUNDINA.— A María le han echado un bilongo.

SEÑORITA.— (*Deternillándose de la risa.*) Un bilongo.

ERUNDINA.— Si no es un bilongo hay que llevarla a un siquiatra.

MARÍA.— ¿Qué te pasa, Erundina?

ERUNDINA.— María delira. María no es María.

MARÍA.— ¿Qué dices? (*Sarcástica.*) María no necesita de nadie. (*Solemne y ridícula al mismo tiempo.*) María pretende algo más importante: conocer a fondo lo que opina el solar. (*Pausa. Acercándose a la SEÑORITA AMPARO. Con arrebató.*) Cuéntamelo. Dímelo todo. Soy un enorme oído.

SEÑORITA.— ¿Qué cosa, señora?

MARÍA.— Lo sabes.

SEÑORITA.— ¿Lo que sé?

MARÍA.— Te conviene.

SEÑORITA.— ¿Estoy obligada?

MARÍA.— Acuérdate del dinero.

SEÑORITA.— ¿Insinúa que me venda?

MARÍA.— No te preocupes.

SEÑORITA.— ¿Tengo que ser sincera?

MARÍA.— ¿Qué diablos podrías hacer?

SEÑORITA.— Ay, yo se lo dije a mamita esta mañana: “No quiero comprometerme. No, vieja, no”.

MARÍA.— Mira por dónde salta la gallina zorra. ¿Comprometer-te? ¿Ése es el peligro? ¿Quién te da de comer?

SEÑORITA.— ¿Hay que tomar partido?

ERUNDINA.— (A la SEÑORITA.) No disimules. (En otro tono.) La señorita Amparo, la que ni pincha ni corta. Aquí todos sabemos del pie que cojeas.

SEÑORITA.— Señora, usted me obliga.

ERUNDINA.— Desembucha.

MARÍA.— No te obligo, sólo pido que me ayudes.

SEÑORITA.— Prefiero meterme en la cocina.

MARÍA.— ¿A quién le tienes miedo?

SEÑORITA.— ¿Miedo?

ERUNDINA.— Sí, miedo.

SEÑORITA.— La mujer de Perico Piedra Fina no quería que se diera a la publicidad.

MARÍA.— ¿De qué estás hablando?

ERUNDINA.— (A MARÍA.) Ya verás.

MARÍA.— (A ERUNDINA.) No me agites que me fermento. (A la SEÑORITA.) Contésteme.

SEÑORITA.— Es un poco complicado.

MARÍA.— ¿Qué tiene que ver la mujer de Perico Piedra Fina en todo esto?

SEÑORITA.— Ella es la madre.

MARÍA.— ¿La madre de quién?

SEÑORITA.— De su hija.

MARÍA.— La hija de qué madre.

SEÑORITA.— La hija de su madre.

MARÍA.— (Delirando.) La madre, la hija, la madre de su hija; la hija, la madre, la hija de su madre. Qué cachumbambé. Ni el médico chino le pone fin a este lío.

SEÑORITA.— Pues bien... (Mira a todos lados. Se oye como un suave rumor de maracas y claves.) Es que no puedo arrepentirme luego. Usted cuando lo sepa tratará de vengarse.

MARÍA.— (Riéndose. Histérica.) ¿Vengarme? ¿Venganza? ¿Qué odiosa palabra has dicho? ¿Me has confundido con la mujer vampiro?

SEÑORITA.— Yo sé la carta que me estoy jugando.

MARÍA.— Pues juéguela.

SEÑORITA.— Miro más allá de todo.

MARÍA.— ¿Por las noches se te aparecen los espíritus de los muertos?

SEÑORITA.— ¿Es imprescindible que hable?

MARÍA.— Soy una tumba.

ERUNDINA.— Qué tipa más bruta.

SEÑORITA.— Bueno, después no me vengan con que yo dije o dejé de decir o dije más de lo que debía.

MARÍA.— Dilo todo.

ERUNDINA.— Sin pestañear.

SEÑORITA.— Lo contaré como me lo contaron. Esta mañana, serían las siete o las siete y media, llegué a casa de Dominga, la hija del primer marido de Carmelina; sí, de aquel sargentico que se creía en su tiempo un tenorio, y que luego se metió en un barco de polizón... Pues bien... Dominga llegó y lo sopló todo tan de golpe, porque ella, Dios me perdone, es igual que el noticiero de última hora..., por poco recojo a mamita del suelo patitiesa...

MARÍA.— ¿Qué fue lo que sopló?

SEÑORITA.— Que la mujer de Perico Piedra Fina se oponía.

MARÍA.— ¿A qué se oponía?

SEÑORITA.— Al matrimonio.

MARÍA.— ¿Al matrimonio de quién?

SEÑORITA.— ¿De quién va a ser? De su hija Esperancita.

MARÍA.— (Riéndose.) Al fin se casa ese trasto.

SEÑORITA.— Su padre, el viejo Perico, que era hijo de un Coronel en tiempos de don Tomás, está chiflado con la boda..., y hoy por la tarde, Julián...

MARÍA.— (Casi en un susurro.) Julián.

SEÑORITA.— (Con crueldad en la sonrisa.) Sí, Julián, Julián Gutiérrez, hoy, por la tarde, va a contraer nupcias con Esperancita, la hija de Perico Piedra Fina.

MARÍA.— ¿Que se casa Julián con la hija de ese garrotero?

ERUNDINA.— (En un grito.) Ya.

SEÑORITA.— (Caminando hacia el primer plano.) Yo no sabía si debía venir a darle las clases a los niños. Sospechaba que usted lo consentía... Hay tantos ejemplos... Pero...

MARÍA.— *(En el fondo.)* ¿Que Julián se casa? *(Risa histérica.)* ¿Que Julián se casa? Es para morirse de risa. Casarse con Esperancita.

ERUNDINA.— Si es un saco de huesos, madre mía. Un esperpento. Hay que tener gandinga.

MARÍA.— Es el fenómeno más grande del año. *(Pausa.)* Ay, señorita Amparo, ¿estoy encima o debajo de la tierra? *(Pausa.)* Sigue.

SEÑORITA.— Papá con sus ochenta años me sacó a la fuerza de la casa.

MARÍA.— No cojas el rábano por las hojas.

ERUNDINA.— Esperancita salió de un apuro. La pobre. Porque lo único que le quedaba era vestir santos.

MARÍA.— *(A ERUNDINA.)* No interrumpas.

ERUNDINA.— Déjame. Qué degenerado es el Julián.

MARÍA.— *(A ERUNDINA.)* Te voy a poner una mordaza en la boca. *(A la SEÑORITA AMPARO.)* Termina de una vez.

SEÑORITA.— *(En el primer plano del escenario.)* Mamá gritaba: “Eres una imbécil. A tu edad hay que enfrentarse con la realidad. No me vengas con lagrimitas. El miedo mételo en el latón de la basura”.

MARÍA.— Ay, no des tantas vueltas.

ERUNDINA.— *(A la SEÑORITA.)* Qué pasmada eres.

MARÍA.— Rápido.

SEÑORITA.— Ahora me pregunto si he obrado bien.

MARÍA.— Tantos remilgos, ¿para qué?

SEÑORITA.— Quisiera no tener que arrepentirme.

MARÍA.— Corre que el viento se evapora.

ERUNDINA.— Corre que el tiempo no es el aire.

MARÍA.— Corre que el tiempo no es la eternidad.

SEÑORITA.— En la calle iban gritando. *(Aparte.)* Esto se llama imprudencia.

MARÍA.— ¿Qué gritaban? ¿Quiénes gritaban?

ERUNDINA.— ¿Hasta cuándo, mujer de Dios?

SEÑORITA.— No puedo más. no puedo más.

MARÍA.— Te quedas a medias.

ERUNDINA.— El final. el final.

(Las tres mujeres quedan enlazadas y comienzan a moverse rítmicamente. Esta escena debe mantener un ritmo de son.)

SEÑORITA.— *(Mecánica.)* En la calle, en la plaza, en el parque, en la bodega, en el cine, en el café, en la guagua, Chenchá la gambá, Rosa la China, Cachita Burundanga, la mujer de Antonio, la mujer de Pedro, la de Chucho, la de Jacinto, la de José, me han dicho, me dijeron, están diciendo, que eres, que eras, que serás, que siempre, que ahora, que nunca, que jamás, que estás, que estabas, que estarás, en la esquina de este solar sin nombre esperando al llamado de la sangre. *(Las mujeres se separan. Pausa. MARÍA camina igual que una sonámbula.)*

ERUNDINA.— *(Susurrante.)* María, María.

SEÑORITA.— *(Muy suave.)* María.

ERUNDINA.— *(En el tono anterior.)* María.

SEÑORITA.— *(En el tono anterior.)* María.

MARÍA.— *(Agotada.)* Déjenme. Déjenme coger un poco de aire, que me ahogo en este horno.

(La luz del escenario va disminuyendo, quedando en su totalidad a oscuras. La SEÑORITA AMPARO cae de rodillas, muy despacio. Sólo una luz toca a MARÍA.)

MARÍA.— *(Como si hablara con otras personas.)* María, ¿qué has hecho? Tenía que saber.

ERUNDINA.— ¿Qué ibas a saber que no supieras?

MARÍA.— *(Agotada.)* Lo que tengo que hacer con el futuro.

ERUNDINA.— María dispone del futuro como si fuera un plato de tamales.

MARÍA.— María lo ignora todo. María siempre luchará. María quiere saber, saber, saber. *(Pausa.)* Ay, qué oscuro alrededor mío. Julián, mi hermoso Julián. *(Pausa.)* ¿Será posible hallar un valor, una medida, o algo, llámese como se llame en este mundo? *(Pausa.)* Ando a tientas. Hijos míos. Enséñenme el camino. ¿Dónde está mi camino? ¿Dónde carajo está?

(ERUNDINA cae de rodillas en el suelo en el lado opuesto a la SEÑORITA AMPARO.)

ESCENA CUARTA

(Los dichos y el MUCHACHO vendedor de periódicos.

En ese instante la luz vuelve a su estado normal. Aparece el vendedor de periódicos, revistas y billetes. MARÍA permanece inmóvil.)

MUCHACHO.— (Pregonando a grito pelado.) El 83, el 84. Mire este numerito, caballero.

ESCENA QUINTA

(Los dichos y el BARBERO.

Aparece, lateral derecho, el BARBERO, con tijeras en mano. Viste uniforme.)

BARBERO.— (Moviendo ruidosamente las tijeras. Conversando con alguien.) Caballero, que no se diga. Una tragedia. Lo que se llama una verdadera tragedia.

MUCHACHO.— Tragedia. Una tragedia. El 6283, matrimonio que termina en tragedia. El 6284, matrimonio que termina en sangre. Óigalo bien.

BARBERO.— Óigalo bien. Se lo digo yo que conozco el solar de punta a cabo. No grite tan alto. Recuerde las órdenes de Perico Piedra Fina. (Grandilocuente.) El asqueroso dueño de este solar. Si sigue gritando, tendrá que pagar un peso de multa. Como lo oye. Ni un quilo más, ni un quilo menos. A esto nos tiene acostumbrados. Nunca nos deja tranquilos. Es una especie de inquisidor. En tiempo de la Colonia, cuando los hombres eran tratados como bueyes, jamás se mantuvo una situación tan alarmante... Ahora bien, usted ignora lo mismo que ella... Deja que María sepa que Perico...

ESCENA SEXTA

(Los dichos y la MUJER DE ANTONIO.

Aparece por el lateral derecho la MUJER DE ANTONIO, una mulata exuberante que trae una enorme jaba y cartuchos llenos de viandas y frutas.)

MUJER.— Perico. mujer. Perico Piedra Fina. ¿Hablas de abusos? ¿Habías de Julián?

BARBERO.— Julián ha sido siempre, no sé de qué, el rey en la esquina, en el billar, en la fonda de Estebita. Pregúntaselo a cualquiera.

MUJER.— Cualquiera lo sabe. ¿Sospechas? Julián es pura vitrina. Te lo aseguro, vieja; mira que conozco el percal. ¿De qué sirven entonces los fracasos? Julián, amiga mía, es de los que vienen y se ponen enseguida a pintarle a una, de dientes para afuera, mariposas en el aire. Si una, por hache o por be, se sugestiona, ahí mismo resbala y cae y luego..., a freír buñuelos. Un engaño.

BARBERO.— Engaño o injusticia. Como todas las perpetradas por Perico Piedra Fina. Se dice que, él mismo, ha dado una orden que parece una ley con sello oficial... En este caso particular, ¿qué puede alegar en contra de María en este mundo?

MUCHACHO.— «El Mundo». «El Mundo». Extra. Último minuto. Extra. Información con un reportaje gráfico sobre los acontecimientos más importantes del país.

MUJER.— En este país tener el pellejo prieto es una desgracia, Monga; y métase usted donde quiera.

BARBERO.— Dondequiera. Quiera o no, tendrá que salir del solar. Aquí el problema no es de "si no pagas el día quince aparece Perico y olvidándose de las consideraciones te tira los trastos a la calle". No. Aquí se debate otro asunto. Yo la considero. Una mujer sola con dos niñitos. No podrá hacer resistencia. Además, ¿quién se preocupa del buche amargo que te mata? Nadie.

MUJER.— Nadie puede pensar tal cosa. Cómo hay que aguantar humillaciones. Antonio fue el primero que me dijo cuando pasé por la tabaquería: "Julián y Perico..." (Ruido de la bocina de una máquina.) ¿Qué te parece? Yo me quedé fría.

BARBERO.— ¿Fría la tarde? Vamos, hombre, con este hermoso verano. Frío debe sentir María. No lo dude.

MUCHACHO.— (Acercándose a MARÍA.) No lo dude, juéguelo, señora. Es la suerte. El premio gordo. El premio grande. No lo olvide. El 6283, matrimonio que termina en tragedia. Extra. «Información». Cómprelo usted. El 84, sangre. El 6284, matrimonio que termina en sangre.

MUJER.— Sangre, sí, sangre; eso es lo que se merece. Julián no tiene perdón de Dios.

BARBERO.— ¿Dios? ¿Hay alguna prueba?

MUJER.— (*Gritando.*) ¿Prueba? Ahí la tienes. Mira hacia arriba.

BARBERO.— ¿Hacia arriba? La fiesta.

MUJER.— La fiesta. Ahora mismo llegaron los novios. Una fiesta que es una infamia. ¿Que me calle? Eso nunca. Lo grito. Lo grito a gaznate pelado y después que venga a verme Perico Piedra Fina. (*Pausa.*) Ay, me gustaría verte en un charco de sangre, Julián. (*Pausa.*) Para que sirva de escarmiento.

ESCENA SÉPTIMA

(*Los dichos y el BONGOSERO.*)

Aparece por el lateral izquierdo el BONGOSERO. Trae un paño rojo amarrado al cuello. Da suaves golpecitos en el tambor.

BONGOSERO.— (*Riéndose.*) Un escarmiento. Qué ingenua. Buenas agallas tiene el Juliancito. Ése se sale con las suyas, cada vez que se lo proponga, aunque parezca increíble. Ahí te doy un dato. Desde que Julián se llevó a María nunca más ha vuelto a dar un golpe. Para hombres de tal calaña, cada minuto es el último minuto.

MUCHACHO.— Último minuto. Extra.

MUJER.— ¿Extra matrimonial? ¿Crees que María sería capaz de soportar semejante posición?

BONGOSERO.— Posición. Posición. Cuántas palabras frente a una realidad.

BARBERO.— Una realidad. Eso es. Qué lujos se permite Julián.

MUJER.— (*En tono de chisme.*) Julián le entregará a Esperancita un anillo valorado en...

MUCHACHO.— Cien mil pesos.

BONGOSERO.— Cien mil pesos.

MUJER.— Cien mil pesos.

BARBERO.— Cien mil pesos.

MUCHACHO.— Compre este numerito. El número agraciado por la suerte. El 6274, matrimonio que termina en sangre. «El Mundo». «Bohemia», «Carteles», «El Mundo».

BONGOSERO.— El mundo es un círculo de sangre.

MUJER.— Sangre, sangre, sangre, siempre sangre. Muerte.

BONGOSERO.— Muerte no. La muerte se parece al fantasma de un chino.

BARBERO.— ¿Un chino?

BONGOSERO.— Sí, un chino.

MUCHACHO.— Un chino.

BARBERO.— Un chino.

BONGOSERO.— Un chino.

MUJER.— Ah, ya sé. María tiene un chino.

BONGOSERO.— María tiene un chino.

BARBERO.— María tiene un chino.

MUJER.— María tiene un chino.

(*Las luces comienzan a debilitarse gradualmente. La música del tambor se escucha. El CORO canta.*)

CORO.— María tiene un chino,
un chino, un chino, un chino,
un chino, una maldición.
Un chino, un chino, un chino,
un chino, un chino, un chino.
María tiene un chino,
un chino, una maldición.

ESCENA OCTAVA

(*MARÍA y el CORO.*)

MARÍA.— (*Gritando.*) Mentira. Mentira. Me están engañando. Déjenme sola. Julián me ama. Julián es mi marido. (*Pausa.*) Pero, ¿cómo se atreven a tanto? Si siguen corriendo esa bola entonces estoy perdida. ¿Están conmigo o no están? (*Pausa.*) ¿O será cierto que verdaderamente tengo un chino encima? Oh, no me persigas, Chino de Cantón. (*Pausa. Desesperada.*) Erundina. ¿Dónde está el espejo?

ERUNDINA.— (*Saliendo de un sueño.*) ¿El espejo?

ESCENA NOVENA

(MARÍA, ERUNDINA, LA SEÑORITA AMPARO, y el CORO).

MARÍA.— Sí, el espejo. (ERUNDINA intenta levantarse.) Espera. (Como si viera a JULIÁN dentro del público.) Julián. ¿Eres tú, Julián? Ay, qué alegría. Hace un instante estuve hablando de ti. Me paso la vida repitiendo tu nombre. Erundina me lo reprocha. Ella es vieja y no entiende. Yo le digo: Julián me ama. Julián es mi marido. Julián es el padre de mis hijos. Mi destino es Julián. (Sonriéndose.) Ella no recuerda lo que es el amor. (Como si fuera a abrazarlo.) ¿Qué me importa lo que soy yo y lo que era, qué me importa la libertad, si soy la dueña de tus brazos? (Gesto como si JULIÁN la rechazara.) ¿Qué te ocurre? ¿Te duele la cabeza? ¿Estuviste jugando? ¿Perdiste acaso? (Intenta abrazarlo otra vez.) No te desanimes. Peores tiempos hemos tenido. Acuérdate cuando mi hermano se ahorcó por una intriga de Perico Piedra Fina... Acuérdate. Yo juré vengarme. Todos en el tribunal declararon su inocencia. Hasta trataron de mezclarte... ¿Cómo iba a caer el mal en el vacío? Y lo condenaron...

ESCENA DÉCIMA

(MARÍA, ERUNDINA, la SEÑORITA AMPARO, JULIÁN y el CORO.

Aparece detrás de MARÍA la figura de JULIÁN. Viste guayabera blanca de hilo. MARÍA se vuelve hacia él y, enlazados, comienzan a bailar al compás de un extraño toque de tambor.)

MARÍA.— Olvidemos las cosas desagradables. La vida es bella. Estos días de separación me han servido de mucho. He comprendido que eres tú y sólo tú la razón de mi vida. Trataré de ser más complaciente. ¿Quieres un juguito de piña o una tajadita de melón que, expresamente, he cortado para ti? ¿Te gusta el menú de hoy? Un potaje de frijoles negros con su pizquita de pimienta que es una gloria. Arroz blanco, muy desgranadito, como a ti te encanta. Carne asada con mucha cebolla. Eso sí, algo especial. La receta me la dio Serafina, la prima de Evangelina, que se fugó

con un sobrino de Candelaria. Ah, y unas berenjenas rebozadas, que si los ángeles llegaran a imaginárselas se meterían de golpe en la tierra. De postre, unos casquitos de guayaba que ya se chuparán los dedos tú y los niños. ¿Deseas afeitarte, que te prepare el baño? ¿Le echo al agua unas goticas de Colonia o prefieres meterte en la ducha? Ay, Julián, ¿te cambiaste de camiseta...? ¿Y los calzoncillos? Ayer al mediodía, me puse a zurcir los calcetines y a poner algunos botones a las camisas... (Dejan de bailar.)

JULIÁN.— He venido a buscarte.

MARÍA.— Ay, espera un poco. Déjame abrazarte. (Lo abraza.) No debía decírtelo tantas veces. Te aprovechas de mi cariño. He pasado unas noches espantosas sin ti. Ah, mascarita, ¿a dónde te habías metido durante todo este tiempo? Los niños no se han cansado de preguntar: “¿Y papá? ¿Y papá?”. (JULIÁN vuelve a rechazarla.) ¿Te has desilusionado? ¿Te doy asco?

JULIÁN.— Dejémonos de boberas. Nos están esperando.

MARÍA.— ¿Quiénes?

JULIÁN.— Ya lo sabrás.

MARÍA.— ¿A dónde vamos, Julián?

JULIÁN.— Vive la intriga.

MARÍA.— Dímelo.

JULIÁN.— ¿Desconfías? (Cogiéndola por un brazo.)

MARÍA.— (Angustiada.) ¿Quién nos espera? (Pausa.) ¿A dónde vamos?

JULIÁN.— Qué boba eres. De cualquier simpleza haces un fantasma. (Riéndose.) Pues..., iremos al paraíso.

(MARÍA se queda paralizada. No sabe qué hacer ni decir. JULIÁN, riendo, desaparece. Comienzan a oírse las voces del CORO, ERUNDINA, y la SEÑORITA AMPARO que buscan el espejo. Al oír la palabra “espejo” MARÍA la repite casi maquinalmente. Los coros adquieren mayor intensidad hasta alcanzar un clímax.

MARÍA, en un arrebató, hace lo mismo buscándolo en el aire.)

TELÓN



SEGUNDO ACTO

(Luz nocturna. ERUNDINA en la puerta de la habitación de MARÍA. Parece abrumada. Mira a todos los lados. Camina hacia el primer plano del escenario.)

ESCENA PRIMERA

(ERUNDINA, sola.)

ERUNDINA.— ¿Adónde se habrá metido a estas horas? ¿Habrá ido a ver a Madame Pitonisa y al Doctor Mandinga? ¡Qué barbaridad! (Mira hacia el lateral derecho.) Ay, María, María, ¿qué tornillo te falta? Ay, sí..., porque, ¿qué otra cosa se puede pensar? Me dijiste que buscara a Julián. Descando no verme complicada, me negué. Pero tanto fue el dale que dale, que me convenciste. Subí a buscarlo. Allá va la negra a buscar al diablo. Pero el diablo no estaba en casa. (En otro tono.) Cuando regreso, ya María ha desaparecido. Ni que hubiera hecho un pacto con Changó. (Pausa.) Me tienes nerviosa. No te entiendo. No te entiendo, qué va. (Transición.) Bueno, qué ilusiones me hago. Entenderla. ¿Cuándo he sabido yo lo que pasa por esa cabeza de adoquín? (Pausa.)

ESCENA SEGUNDA

(ERUNDINA, UNA VOZ y luego LA SEÑORITA AMPARO.)

UNA VOZ.— ¿Cómo? ¿Que no se lo digo? Ahora verás.
ERUNDINA.— Oigo voces. Ay, qué lío andaré formando, Ave María.

UNA VOZ.— Erundina, Erundina.
ERUNDINA.— ¿Quién va? (Gritando.) ¿Alguien me llama?
UNA VOZ.— Soy yo, mujer.
ERUNDINA.— Ah, tú. Asómate. (Pasándose la mano por el vientre.) ¿Qué sé te antoja? (Entra la SEÑORITA AMPARO.)
SEÑORITA.— (Indignada.) Atrevida. No se lo mando a decir con nadie. ¿Cree que soy de esas que se pasan la vida tirando muchachos al mundo? De eso, nada. Soy como soy.
ERUNDINA.— Ah, hija, es un decir. (Pausa.)
SEÑORITA.— ¿Se enteró de la última?
ERUNDINA.— ¿De qué?
SEÑORITA.— (Cantando.) Sorpresa.
ERUNDINA.— ¿Sorpresa?
SEÑORITA.— La que puede, puede.
ERUNDINA.— Cómo te gusta el chisme.
SEÑORITA.— (Molesta.) ¿Por qué?
ERUNDINA.— Porque sí.
SEÑORITA.— (En el mismo tono.) Explíquese.
ERUNDINA.— ¿Qué voy a explicarte?
SEÑORITA.— Lo que me ha dicho.
ERUNDINA.— ¿Es algo del otro mundo?
SEÑORITA.— Los insultos, no.
ERUNDINA.— ¿Qué insultos?
SEÑORITA.— No se haga la boba.
ERUNDINA.— ¿La mujer de Perico Piedra Fina llevaba otra vez el vestido de tafetán azul que le regaló su abuela a la ceremonia de la iglesia?
SEÑORITA.— Se cree que no me doy cuenta.
ERUNDINA.— ¿Qué cosa?
SEÑORITA.— Aprovecha la ocasión para humillarme.
ERUNDINA.— Ay, mujer, no te pongas así. ¿Qué vas a arreglar con tanto reperpero? (En otro tono.) ¿A Esperancita le salió un lobanillo en el huesito de la alegría?
SEÑORITA.— (Divertida.) Ya eso es viejo. Acuérdense del corre-corre que hubo: por poco queda en la mesa de operaciones.
ERUNDINA.— (Agotada. Suspira.) Pues no sé.
SEÑORITA.— Imagine algo, ¿no?

ERUNDINA.— ¿Que imagine?
 SEÑORITA.— Imagine, sí. Ahí encontrará el sentido de la vida.
 ERUNDINA.— Eso es lo que hago. (*Consigno.*) Para imaginaciones estoy yo. A ver, a ver... (*En otro tono.*) ¿El viaje de la luna de miel es a Nueva York? (*Comienza a oírse un toque de tambor.*)
 SEÑORITA.— (*Divertida.*) Frío, frío. ¿A que no acierta?
 ERUNDINA.— ¿Se partió la pata el viejo Perico?
 SEÑORITA.— ¿Qué dices?
 ERUNDINA.— (*Casi gritando.*) ¿Qué, Perico Piedra Fina se volvió a sacar la lotería?
 SEÑORITA.— Qué cantaleta. Estos malditos tambores.
 ERUNDINA.— ¿Vomitas o no vomitas?
 SEÑORITA.— No le oigo.
 ERUNDINA.— ¿Que si a la mujer de Perico le dieron una botella en el Ministerio de Estado?
 SEÑORITA.— ¡Qué barbaridad! Cuidado. Mire que anda el apapio que rompe olas.
 ERUNDINA.— A mí, plin.
 SEÑORITA.— Es algo referente a María.
 ERUNDINA.— ¿A María?
 SEÑORITA.— Informe de buena tinta y fresquecita.
 ERUNDINA.— Dime. Cuéntame rápido.
 SEÑORITA.— (*Recalcando su intención.*) Perico Piedra Fina...
 ERUNDINA.— ¿Qué pasa con Perico?
 SEÑORITA.— (*De golpe.*) Vino y habló con María.
 ERUNDINA.— ¿Cuándo?
 SEÑORITA.— Hace un rato. (*Se arregla el pelo.*)
 ERUNDINA.— ¿Es cierto?
 SEÑORITA.— Que un tren me pase por encima, si no es verdad.
 ERUNDINA.— ¿Qué estuvieron hablando? (*En otro tono.*) ¿Quién te lo dijo?
 SEÑORITA.— Un pajarito. (*Hace señas con las manos en el aire.*)
 ERUNDINA.— Después te quejas y dices que te fastidio.
 SEÑORITA.— (*Cantando.*) Es la revancha.
 ERUNDINA.— (*Fuera de sí.*) No juegues, alma mía, que el horno no está para pastelitos.
 SEÑORITA.— (*Indiferente, mirando hacia arriba.*) Imagina.

ERUNDINA.— Me huele mal este ajjaco.
 SEÑORITA.— ¿No sospechas?
 ERUNDINA.— Acaba de una vez.
 SEÑORITA.— ¿No sabe?
 ERUNDINA.— ¿Qué voy a saber si ya nadie me cuenta nada de nada?
 SEÑORITA.— Dominga.
 ERUNDINA.— (*Riéndose.*) ¿La que vende churros en el mercado? Ésa siempre, no sé por qué...
 SEÑORITA.— No, vieja. La hija de Carmelina...
 ERUNDINA.— (*Interrumpiendo.*) Ésa es mejor que la Gaceta Oficial.
 SEÑORITA.— Ella los vio.
 ERUNDINA.— ¿Hablaron aquí, en el solar?
 SEÑORITA.— Ni pensarlo, mi cielo.
 ERUNDINA.— ¿Entonces, dónde?
 SEÑORITA.— (*Divertida, cantando.*) ¿Dónde, dónde...?
 ERUNDINA.— (*Violenta.*) Sí. ¿Dónde?
 SEÑORITA.— Por el malecón.
 ERUNDINA.— Alabao sea Dios.
 SEÑORITA.— El Juliancito anduvo con ellos.
 ERUNDINA.— (*Consigno.*) Por el malecón. (*En otro tono.*) ¿Cómo María se atreve?
 SEÑORITA.— Averigüe usted. (*La música de los tambores ha cesado. Entre risitas entrecortadas.*) ¿Y sabe usted lo que hizo? Le regaló al viejo Perico una botella de vino que ella mismo preparó. (*Pausa.*) Yo la vi llorando, ahorita, en la esquina del billar. (*Exagerando.*) Lucía desesperada. Me dio pena. Hubiera querido consolarla. Pero me contuve... En aquel instante me pareció tan desvalida, tan... (*Mímica exagerada.*) tan..., como una cosa que se desploma. (*Imitándola.*) Lloraba y decía: "El espejo, el espejo".
 ERUNDINA.— (*Para sí.*) Ay, cómo se atreve..., cómo se atreve, sabiendo ella como sabe... ¿La habrán tirado al mar? ¿Adónde estará a estas horas? ¿Habrá sido comida por los tiburones? (*Gritando.*) Ay, mar, marcito, tiburón, tiburoncito, devuélvemela. ¿Adónde iré a buscarla...? Me presentaré en la estación de policía y lo digo todo.
 SEÑORITA.— ¿Qué va a decir?
 ERUNDINA.— (*Con gran aspaviento.*) Que se investigue, que se investigue.

SEÑORITA.— ¿Investigar, qué?
 ERUNDINA.— (*Tono anterior.*) No sé. Algo.
 SEÑORITA.— No se alarme por gusto.
 ERUNDINA.— ¿Me quedo entonces con los brazos cruzados?
 SEÑORITA.— Perdóneme, vieja.
 ERUNDINA.— Ay, María. ¿Qué va a ser de tus hijos? (*Desesperada, dando vueltas.*) ¿Qué va a ser de esos niños? ¿Qué va a ser de mí?
 Ay, María, ¿qué destino es el tuyo? (*Gritando.*) ¿Dónde está el espejo?
 SEÑORITA.— Cállese.
 ERUNDINA.— (*En arrebató.*) ¿Dónde está el espejo?
 SEÑORITA.— (*Alarmada.*) ¿El espejo?
 ERUNDINA.— Ay, sí. ¿Dónde? ¿Dónde está?
 SEÑORITA.— No se ponga a ver visiones.
 ERUNDINA.— Ésta es la última carta de la baraja. (*Haciendo mutis, entre gritos y sollozos.*) Que me busquen una camisa de fuerza.

ESCENA TERCERA

(*El CORO.*)

Los personajes del CORO van apareciendo, cada uno en sus puertas como en el Primer Acto.)

MUJER.— (*Cantando.*) Perico Piedra Fina.
 BARBERO.— (*Cantando.*) Perico Piedra Fina.
 BONGOSERO.— (*Cantando.*) Perico Piedra Fina.
 MUCHACHO.— (*Cantando.*) Perico Piedra Fina.
 CORO.— (*Dando punto final al canto.*) Perico Piedra Fina.

ESCENA CUARTA

(*PERICO PIEDRA FINA y el CORO.*)

Aparece PERICO PIEDRA FINA por el lateral izquierdo. Es un hombre grasiento, viscoso, voz aflautada. Tiene unos cincuenta años. Viste traje de dril cien y una corbata de colores estallantes. Trae sombrero de pajilla y un bastón.)

PERICO.— El que corta el bacalao en este solar. (*Acrobacia y golpe de bastón.*) Perico Piedra Fina.

ESCENA QUINTA

(*PERICO PIEDRA FINA, JULIÁN y el CORO.*)

Aparece JULIÁN. Es un hombre joven, realmente hermoso. Alto, delgado, de unos veintitantos años. Viste pantalón blanco y guayabera y zapatos de dos tonos. Trae ostentosa cadena y anillos.)

JULIÁN.— (*Señalando a PERICO.*) Aquí lo tienen.
 PERICO.— (*Hace una leve reverencia y señala a JULIÁN.*) Julián Gutiérrez, el esposo de mi hija. Mírenlo bien.
 JULIÁN.— (*Haciendo una reverencia exagerada.*) Aquí me tienen.
 CORO.— (*Cantando en tono apagado.*)
 Que se muera, que se muera.
 Que le echen tierra
 que lo tapen bien.
 PERICO.— ¿A qué vienen esos cantos fúnebres? Hoy es día de fiesta. ¿Lo ignoraban? Se ha casado mi hija. Mi única hija. Esperancita. ¿Por qué ponen esas caras? No soy el coco. Me han confundido. (*A JULIÁN.*) ¿Tengo aspecto de velorio?
 JULIÁN.— (*Sonriente.*) No haga caso. Es un chiste.
 PERICO.— Ah, es un chiste.
 JULIÁN.— Una forma de divertirse.
 PERICO.— ¿Qué chistoso es un chiste!
 JULIÁN.— Te apuntaste una, viejo.
 CORO.— (*Susurrante.*)
 Que se muera, que se muera.
 Que le echen tierra
 que lo tapen bien.
 PERICO.— ¿Terminaron? (*Mirando a todos los personajes del coro.*) Ah, bien. Estamos reunidos para celebrar un acontecimiento.
 MUJER Y MUCHACHO.— ¿Un acontecimiento?
 BARBERO Y BONGOSERO.— ¿Un acontecimiento?
 JULIÁN.— ¿A qué tanta extrañeza?
 PERICO.— ¿Otro chiste?
 JULIÁN.— ¿No lo sabían?
 MUJER Y MUCHACHO.— ¿Qué sabíamos?

BARBERO Y BONGOSERO.— ¿Qué sabíamos?

PERICO.— En realidad no podían saberlo.

MUJER.— Es un misterio.

BARBERO.— Es un misterio.

BONGOSERO.— Es un misterio.

MUCHACHO.— Es un misterio.

JULIÁN.— No, no es un misterio.

MUJER.— ¿Qué puede ser?

BARBERO.— ¿Qué puede ser?

BONGOSERO.— ¿Qué puede ser?

MUCHACHO.— ¿Qué puede ser?

PERICO.— (*Riéndose.*) El ser, el ser, el ser.

MUJER Y MUCHACHO.— ¿Quién es el ser?

BARBERO Y BONGOSERO.— ¿Quién es el ser?

PERICO.— (*Astutamente, divertido.*) Dejémonos de comedias. Soy un hombre práctico, que le digo al pan, pan y al vino, vino.

JULIÁN.— (*Acariciándose una sortija.*) Bien dicho.

PERICO.— (*A JULIÁN.*) ¿De qué manera hubiera podido sobrevivir a estos años? La vida es dura.

JULIÁN.— A eso le llamo yo estar en el duro.

PERICO.— Pues bien... (*Pausa. Apretándose la garganta con las manos.*) Oye, Julián, qué cosquillita me ha dado el vinito ese. (*Pausa.*) Para eliminar las interrupciones de un plumazo... (*Pausa.*) María...

MUJER.— María...

BARBERO.— María...

BONGOSERO.— María...

MUCHACHO.— María...

PERICO.— Sí, efectivamente, María...

MUJER Y MUCHACHO.— ¿Qué le pasa a María?

BARBERO Y BONGOSERO.— ¿Qué le pasa a María?

PERICO.— Caramba, no se impacienten. Pasar, no le pasa nada.

Sencillamente, ha desaparecido. Entendámonos a cabalidad. María ha desaparecido porque María quiere dar un viajecito.

MUJER.— Un viajecito.

BARBERO.— Un viajecito.

BONGOSERO.— Un viajecito.

MUCHACHO.— Un viajecito.

PERICO.— ¿Acaso no tiene derecho a dárselo? Todos en este solar conocemos a María.

MUJER Y MUCHACHO.— Todos la conocemos.

BARBERO Y BONGOSERO.— Todos la conocemos.

PERICO.— (*Moviéndose lentamente.*) Para ella la libertad. (*Cínico.*) La libertad y nada más que la libertad.

CORO.— (*Al unísono, moviendo los brazos y el cuerpo.*) La libertad y nada más que la libertad.

PERICO.— En este caso, ¿por qué armar tanto barullo? Ella ha hecho lo que ha querido. ¿Es cierto lo que digo, o no es cierto, Julián?

JULIÁN.— ¿Quién se atreve a dudar?

PERICO.— ¿Me ha cogido alguien en una pifia? ¿No he hablado siempre con la verdad en la mano?

MUJER Y MUCHACHO.— La verdad en la mano.

BARBERO Y BONGOSERO.— La verdad en la mano.

PERICO.— Entonces, amigos míos... (*A JULIÁN.*) Dile a la gente, allá arriba, que manden un poco de ron... Ah, no te olvides del vinito. (*Hace mutis JULIÁN.*)

ESCENA SEXTA

(*PERICO PIEDRA FINA y el CORO.*)

PERICO.— Quiero una fiesta por todo lo alto. (*Pausa. Satisfecho.*) ¿Han visto a Julián? ¿Lo han visto realmente?

MUJER.— Lo hemos visto.

BARBERO.— Lo hemos visto.

BONGOSERO.— Lo hemos visto.

MUCHACHO.— Lo hemos visto.

PERICO.— Me alegro. Es un muchacho que no tiene un pelo de bobo. Por eso lo elegí. (*Golpeándose en el pecho.*) Es como yo. Lo he leído en sus ojos. No me equivoco. (*Pausa. Estupefacto.*) ¿Cómo me atrevo a afirmar tal cosa? ¿Saben quién es Perico Piedra Fina? (*Riéndose.*) Ya lo han olvidado. Somos gente que olvida. (*Pausa. En otro tono. Huyendo de una visión extraña.*) Oh, no, no. ¿Y si fuera capaz de traicionarme, de sacarme toda la plata y abandonar a mi hija y luego "si te he visto no me acuerdo"? (*En otro tono.*) No, no pue-

de hacerlo. Jugaré. Lo tentaré. Lo dejaré siempre a medias. No hay nada más poderoso y que haga enloquecer más al hombre que la insatisfacción. Me pongo yo por ejemplo. Hace muchos, muchos años, allá por los tiempos de Mari Castaña, este Perico Piedra Fina que ven aquí tuvo un carrito de fritas en la calle de San Lázaro. (*Riéndose.*) El tiempo no pasa en balde. (*Mirando hacia arriba.*) ¿Parece un cuento de hadas, verdad...? (*Pausa.*) Sudores y sangre me ha costado. Los amigos de antes me miraban con envidia. "Ahí va Perico —dicen— el que vendió su alma al diablo". (*Riéndose.*) ¿Qué cosa es el alma? ¿Quién es el diablo? (*Pausa.*) Los amigos que ahora me dan golpes en el hombro y repiten: "Chico, eres hombre con suerte". (*Riéndose.*) La suerte. Dígame. ¿Qué cosa, quién es la suerte? (*Pausa. Sombrio.*) Pero lo cierto, lo cierto, es que detrás de todo hay una pesadilla.

MUJER.— Una pesadilla.

BARBERO.— Una pesadilla.

BONGOSERO.— Una pesadilla.

MUCHACHO.— Una pesadilla.

PERICO.— ¿Qué nos está pasando? (*Da golpes con el bastón en el suelo.*)

Música, alegría. Música. Que empiece la fiesta. Necesito un trago. (*Gritando.*) Que me traigan un trago. Que suenen los cueros allá arriba. Que me traigan un trago.

MUJER.— Que me traigan un trago.

BARBERO.— Que me traigan un trago.

BONGOSERO.— Que me traigan un trago.

MUCHACHO.— Que me traigan un trago.

ESCENA SÉPTIMA

(*PERICO PIEDRA FINA, JULIÁN y el CORO.*)

JULIÁN.— (*Entrando, muy alegre, gritando.*) Llegaron los tragos. (*Trae una bandeja con botellas y vasitos.*) Que viva el ron hasta el fin del mundo.

PERICO.— Gracias a Dios que llegaste. Qué mal rato, viejo. (*Mira a los personajes del coro. Pausa. Coge la botella con cierta precipitación. La huele. Pausa. En otro tono.*) ¿Qué hacían los criados? ¿Por qué te molestaste en traerlas tú mismo?

JULIÁN.— Estamos en la democracia. (*Empieza a cantar como un barítono desafinado.*)

PERICO.— Hay que mantener las distancias.

JULIÁN.— Un día es un día.

PERICO.— Tienes que aprender.

JULIÁN.— No se preocupe, viejo. (*Cantando.*) La vida es corta y el porvenir es mentira.

PERICO.— ¿Llegó algún otro invitado?

JULIÁN.— La gente no se cansa de preguntar por usted.

PERICO.— ¿Vino Manengue? ¿Trajo los documentos de la hipoteca?

JULIÁN.— ¿El sobrino del senador? Sí, señor.

PERICO.— ¿Los firmó al entregártelos?

JULIÁN.— (*Entregándole unos papeles que saca de un bolsillo de la guayabera.*) Puede verlos.

PERICO.— (*Revisando las firmas.*) Hay que cuidarse de los chanchullos.

JULIÁN.— Conmigo no hay salida.

PERICO.— Así me gusta.

JULIÁN.— (*En otro tono.*) ¿Cómo es posible que ese hombre aspire a ministro de la educación?

PERICO.— Cálmate, en boca cerrada no entran moscas. Ya llegará tu oportunidad. El que tiene padrino se bautiza.

JULIÁN.— Pero, viejo, es que uno se sulfura cuando es testigo de tantas cositas.

PERICO.— Déjalo a mi cuenta. (*Saca un fajo de billetes.*) Mira, Julián. Mira, aquí hay plata. (*Pausa. Grandilocuente.*) Mi reino es infinito. (*Pausa.*)

JULIÁN.— También llegó en un tremendo carro el hermano de Juanito Cien Botellas.

PERICO.— Perfecto.

JULIÁN.— Gente barín, viejo. Gente de copete en cantidad. Yo me decía: "Julián, éste es Julián, el que hace un mes andaba comiendo tierra". Y me miraba en el espejo. Estamos en el chémbalo, mi padre. La vida es un río de sorpresa. Ya soy otro Julián.

PERICO.— Eres el único encargado de mis negocios. (*Pausa.*) ¿Y Esperancita?

JULIÁN.— Está muy nerviosa... Por poco se echa a llorar y da un espectáculo. La tranquilicé diciéndole que en seguida subíamos.

PERICO.— No te preocupes. (*Se sienta.*)

JULIÁN.— Hay tanta gente que me da pena por ella.

PERICO.— Bah, todas las mujeres son iguales. Reparte el ron. Su madre se pasaba los días llora que te llora, hasta que se acostumbró. ¿Qué remedio no le quedaba? Buen vinito, eh, Julián. (*Contempla extasiado la botella.*) María tuvo un gesto amable. No esperaba que reaccionara de esa forma. Ella que tiene fama de ser una fiera. Lucía tan blandita... (*Sonriente y sarcástico.*) Regalarme una botella de vino. Linda botellita. ¿Qué marca es? No veo el sello... Ay, los espejuelos, ¿dónde los dejé? ¿Dónde? Es probable que se quedaran en la sacristía. Mi mujer tiene la culpa con sus apurillos de siempre. (*En otro tono. A JULIÁN.*) Después de todo, hemos hecho una jugada que le zumba el merequetén. Pero, ¿qué iba a hacer? ¿Quedarme como un comebolas mirando lucecitas de colores? No. (*Bebe de un solo trago.*) Perico Piedra Fina conoce lo que es el mundo. María, la pobre María, no tuvo tiempo de ponerse en acecho. Perico Piedra Fina sabe hasta dónde el jején puso el huevo. Sí, Julián, María te quiere demasiado..., y, por lo tanto, en cualquier instante, María hubiera saltado como una leona.

JULIÁN.— No exagere tanto. María tendrá que conformarse. Los únicos que verdaderamente me interesan son mis hijos.

PERICO.— ¿Tus hijos?

JULIÁN.— La verdad, mi socio.

PERICO.— (*Al público.*) ¿Y Esperancita?

JULIÁN.— Yo sé lo que me traigo entre manos.

PERICO.— (*Se levanta y se acerca a JULIÁN.*) Deja esos pensamientos.

María quedará sola. Yo buscaré razones para quitárselos. Perico Piedra Fina es un bicho para dar golpes maestros.

JULIÁN.— En eso estoy de acuerdo con usted.

PERICO.— Oye, ¿quién se bebió el vino?

JULIÁN.— ¿El vino?

PERICO.— Se lo han bebido de un soplo.

JULIÁN.— Esperancita lo estuvo probando.

PERICO.— ¿Probando? No jeringues. Ella también le cogió el gustico. ¿Le vas a meter al último trago? Es de los buenos. (*Los personajes del coro permanecen atentos. Espiando, satisfechos.*)

JULIÁN.— (*Malicioso.*) Prefiero estar en condiciones, viejo. Usted me entiende.

PERICO.— Bah, así te embullarías con mayor fuerza. La ilusión es importante. Me gustaría ver pronto la casa llena de nietos, nietos, muchos nietos...

JULIÁN.— Ahora me explico la matraquilla de Esperancita: "No te vayas, tengo sudores fríos, no te vayas". Menos mal que conseguí que se metiera en la cama un ratico.

PERICO.— (*Saca un pañuelo y se limpia el sudor de la frente.*) ¿Qué calor, madre mía! Esta noche parece de plomo. (*Pausa. Al coro.*) ¿No se divierten? Música. Hay que dejar los tambores sin fondo. Arriba. Hay que sacarles candela. Una noche así, uno se siente que ha conseguido la eternidad. (*Largas carcajadas.*) ¿No es verdad, María? (*Gritando.*) Yo soy el amo. Yo soy el rey.

JULIÁN.— ¿Tan pronto se le ha subido el vino a la cabeza?

PERICO.— Estás loco. Que venga la música. ¿Me oyes? Hay que divertirse y echar la casa por la ventana. (*Agarra a JULIÁN por el cuello.*) Más vino. No, no; espera. ¿Recuerdas lo que le dije esta tarde a María? ¿Recuerdas?

JULIÁN.— ¿Cómo voy a olvidarlo?

PERICO.— Vaya, uno... Uno...

JULIÁN.— Pero, viejo, a mí me llaman el inventor del sabor. Julián habla poco y nunca olvida.

PERICO.— ¿Recuerdas? ¿Recuerdas, entonces...? (*En otro tono. Como si hablara con MARÍA.*) Escucha, María. Vete. Prepara esta noche todas tus cosas y mañana te vas... sí, te vas con tus matules a cuestras. Si no haces lo que te ordeno, la policía vendrá a buscarte. Ten presente a tu padre muerto y a tu hermano muerto, ahorcado. Ellos no quisieron ponerse de acuerdo conmigo. Acuérdate. Vete, María. Vete. (*Pausa. En otro tono.*) ¿Qué te parece? ¿Me la comí o no me la comí?

JULIÁN.— (*Casi arrastrando a PERICO.*) Vamos, viejo, vamos.

PERICO.— Quitá, quita. Tú lo que quieres es dominarme. ¿Ignoras que soy Perico Piedra Fina y que hago lo que me da la gana?

(*Se oye un grito espantoso.*)

JULIÁN.— ¿Qué habrá pasado? (*Hace mutis rápidamente.*)

ESCENA OCTAVA

(PERICO PIEDRA FINA, el CORO y las voces de ERUNDINA y la SEÑORITA AMPARO.)

PERICO.— A mí, ¿qué me importa? Que venga el diluvio universal. (Pausa. El escenario se oscurece.) Pamplinas, pamplinas. (Golpea con el bastón.) Gritos y más gritos. Es el olor del agua sucia que calienta. Eh, María, tú lo sabes muy bien, tan bien como yo. Aquí creciste. Aquí te vi año tras año, eh, María. (Acrobacia con el bastón.) Una suerte. (Ríe.) María, hermosa María. (Tira la botella a un lado.) A ti te gustan demasiado las historias bonitas. No te lo critico. Yo también sé de esas cosas; pero vuelvo siempre a la realidad... Y esa realidad ya la tengo planeada..., ten cuidado, porque todo el mundo me tiene miedo y se presta al juego... Yo te regalé el cuarto y tú se lo hipotecaste a Manengue y Manengue me lo vendió..., tremenda maraña. Aquí tengo los papeles, Julián me los entregó hace un momento. María, hermosa María. Eres la reina bruja, la madrastra de Blanca Nieves. Yo sé que mi camino..., mi camino es la..., muerte..., oigo sus pasos..., este maldito vino... ¿Dónde te has metido, Julián? (Da un traspies. Con hipo.) Estoy haciendo el ridículo. Mi padre un coronel retirado que se moría de hambre. (Canta.) Ae, ae, ae. (En otro tono.) Ay, qué mareo, qué movimiento... Yo soy un cubano libre... (Casi cantando.), que cuando canta se muere... (Se ríe.), en la noche..., un vendedor de fritas en el salón de los Pasos Perdidos. (Cae al suelo, en medio de la escena, cerca de la puerta de MARÍA.)

MUJER.— (Al MUCHACHO.) Dame un poco más.

BARBERO.— (Divertido, a la MUJER.) No seas gandía.

MUJER.— (Al MUCHACHO.) ¿Es tuyo el ron acaso?

MUCHACHO.— ¡Qué fresca eres! Si la oyera el marido.

MUJER.— Suelta la botella.

BONGOSERO.— Hay que gozar, mi socio, hasta fuerate.

ERUNDINA.— (Gritando desde adentro.) María, el espejo.

PERICO.— Un espejismo de muerte. No hables del espejo. No me mires así. Has envenenado el vino. Has envenenado la noche. Has envenenado el tiempo.

BARBERO.— (Riéndose, a la MUJER.) Aguanta que te haces tierra.

MUJER.— Esto es lo mío.

BARBERO.— (Divertido.) Ahí viene Antonio.

BARBERO.— (Cantando.) Ae, ae, ae.

MUJER.— Déjalo que venga.

MUCHACHO.— (Cantando.) Ae, ae, ae.

SEÑORITA.— (Gritando desde adentro.) Esperancita... Ha muerto Esperancita.

PERICO.— (Levantándose.) Has envenenado la muerte, María. (Se arranca la corbata.) Estoy solo. Ésta es una tumba. Un escalofrío. Un hueco profundo o una trampa. (Pausa. Luego gritando.) María, María. No detengas mi paso. Voy a devorar a tus hijos mulatos porque tú puedes levantar el fuego de la sangre. María, María. (Haciendo mutis.) Si hay justicia, Dios no tiene nada que perdonarme.

(Los personajes del CORO comienzan a moverse. Hacen señales con las manos y el cuerpo como si estuvieran tapando un hueco. Golpes de tambor.)

ESCENA NOVENA

CORO.— Que se murió, que se murió
que le echen tierra
que lo tapen bien. (Se repite tres veces.)

(MARÍA entra violentamente.)

ESCENA DÉCIMA

(MARÍA y el CORO.)

MARÍA.— He ganado la partida. Voy detrás del espejo, Perico Piedra Fina. Ahora a Julián le queda el regreso. (Risa sarcástica.) La locura o la muerte. (La risa se convierte en un grito horrible, implacable.)

TELÓN

TERCER ACTO

(Mañugada. Una atmósfera rojiza envuelve la escena. Se oye a intervalos, un lejano tam tam. Sigilosamente entran por el lateral izquierdo MADAME PITONISA y el DOCTOR MANDINGA. Ella aprieta una jaba contra el vientre. Viste de blanco con muchos collares y pulseras. Pequeña, gorda y muy cargada de hombros. Contrasta notablemente con su acompañante. Éste es alto y corpulento. Bajo el brazo izquierdo lleva un paquete de yerbajos envueltos en papel de periódico. Viste un traje gris, raído y sucio. MADAME PITONISA y el DOCTOR MANDINGA son viejos y negros.)

ESCENA PRIMERA

(MADAME PITONISA y el DOCTOR MANDINGA.)

MADAME.— Esto tiene que decidirse.

DOCTOR.— ¿Estás segura?

MADAME.— Ya lo creo que sí.

DOCTOR.— ¿Cómo lo sabes?

MADAME.— Lo hue'o en el aire.

DOCTOR.— *(Balucea, mirando a su alrededor.)* Pero esto está muy feo. *(La mira maliciosamente.)* Vieja pelleja. *(Se ríe.)* Contigo no hay quién pueda.

MADAME.— *(Susurrando.)* Cállate. ¡Qué barbaridad! No hables tan alto. *(En otro tono.)* Tú sabes que yo nunca me equivoco.

DOCTOR.— *(Alzando la voz.)* A la verdad que si hay pruebas, ésas las tengo yo.

MADAME.— *(Alardeando.)* Entonces, ¿para qué tanta agitación?...

MEDEA EN EL ESPEJO

49

DOCTOR.— ¿Y ella vendrá?

MADAME.— *(Susurrando, con mucho misterio.)* ¿Quién?

DOCTOR.— *(Imitando su tono.)* María.

MADAME.— *(Rápida, dispuesta a salir.)* Cuidado.

DOCTOR.— *(Con cierta torpeza, como si fuera sorprendido. Da unos pasos en puntillas de pies.)* Hay moros en la costa.

MADAME.— *(Molesta, secreteando.)* Ven para acá. Qué pazguato. *(El DOCTOR MANDINGA corre hacia ella en puntilla de pie.)* Mira que eres bruto. *(Se esconden. Pausa.)*

DOCTOR.— *(Sacando la cabeza del escondite que puede ser el lateral izquierdo.)* Por poquito me cogen in fraganti...

MADAME.— *(Saliendo del escondite.)* ¿Quién fue?

DOCTOR.— No sé... *(Sale del escondite.)*

MADAME.— *(Haciendo signos en el aire.)* Por los nueve demonios, por los huesos de todos los muertos..., y la trompa celeste...

DOCTOR.— ¿Qué le pasa, Madame?

MADAME.— *(Tratando de espiar, por todos los lados del escenario.)* Nada, hijo, nada. *(En otro tono.)* Sentí un corrientazo, un aire frío; algo terrible se acerca... Si es Erundina...; esa vieja no me puede ver ni en pintura... Vigila tú por ahí...

DOCTOR.— ¿Y usted cree que ella le haga eso?

MADAME.— ¿Quién, hijo, quién?

DOCTOR.— María.

MADAME.— ¿Podrá resistirse? *(Se sonríe.)*

DOCTOR.— Ella es fuerte.

MADAME.— Si me opongo a ella, terminará haciendo lo que deseo.

DOCTOR.— Primero hay que informarse para que el trabajo quede bien.

MADAME.— Nada de informaciones. Tú y yo lo sabemos todo. No necesitamos de esas boberías. Lo que pasó esta noche ya venía caminando... *(Mirando hacia todos los lados y hacia el piso.)* Hay sangre por todos los rincones. *(Se sonríe. Pausa.)* Ella tiene que llegar al final del final, más allá del final.

DOCTOR.— Anda muy mal; y eso es terrible.

MADAME.— Ayer le tiré las cartas.

DOCTOR.— Hay sangre. *(Da unos pasos hacia el fondo.)*

MADAME.— Ella tendrá que hacer de tripas corazón. Luego le tiré

los caracoles; y aquello, mira, me erizo... *(Con ternura.)* Hay que ayudarla, Doctor Mandinga. *(En primer término del escenario.)* Esto es cosa seria. No te echés para atrás, que te conozco, Eleuterio. Acércate, no vaya a venir alguien y nos coja desprevenidos. *(Pone la jaba, con mucho esfuerzo, en el suelo.)* Esta reúma me va a dejar lista de un momento a otro.

DOCTOR.— *(Con torpeza.)* Si me lo hubiera dicho, la ayudo.

MADAME.— Déjame a mí, hombre. *(Registrando la jaba.)* Voy a regar los polvos. *(No encuentra lo que busca.)* ¡Qué trafajina! ¿Dónde los puse? Tú debes traerlos, ¿no? Ay, esta cabeza mía. Un día la pierdo. *(Registrando.)* A ver... Ten calma, Madame Pitonisa; por cualquier cosa te desesperas. A ver, ¿los traje o no los traje? *(Pausa. Gesticula.)* Lo más importante y lo olvidé.

DOCTOR.— Registre bien, Madame.

MADAME.— Eso estoy haciendo. ¿Tú los trajiste, verdad? *(El DOCTOR MANDINGA no se inmota.)* Aquí están. *(Pausa. Abre la caja y la huele. En otro tono.)* Vamos, rápido. Hay que hacer un adelanto. Riega un poco de albahaca y de rompe-zaragüey. *(El DOCTOR MANDINGA saca de su paquete unos ramitos o gajos y comienza a sacudirlos, como si santiguara el escenario.)* A los espíritus infernales... *(Esparce los polvos por el escenario.)* A través del mal en esta tierra, en este infierno, el sufrimiento, la purificación... A través del mal..., la tierra... A través del mal..., el infierno... A través del mal en esta tierra, en este infierno... A través del mal en esta tierra, en este infierno, el sufrimiento, la purificación. *(Se detiene en el centro del escenario, gira dos veces sobre sí misma. El DOCTOR MANDINGA está en el fondo del escenario, resoplando y pronunciando palabras ininteligibles.)* Acércate, espíritu purificador... *(Vuelve a girar sobre sí misma. Pausa. En trance.)* Por los nueve demonios... *(El DOCTOR MANDINGA da tres patadas misteriosas en el suelo.)* Por los nueve demonios que asisten cada ventana. Por los nueve demonios que se ocultan en todas las puertas. Por los nueve demonios que agitan cada pensamiento. Espíritu purificador, abre camino. Abre camino en la tierra y en la eternidad.

(Pausa. Lentamente la luz se hace menos intensa. MADAME PITONISA y el DOCTOR MANDINGA hacen mutis por el lateral izquierdo.)

ESCENA SEGUNDA

(MARÍA, sola.)

Entra MARÍA. Su rostro y sus movimientos reflejan desconcierto y angustia.)

MARÍA.— *(Buscando.)* ¿Alguien? *(Pausa.)* Nadie, nada... ¿Será posible que yo al final...? Si al menos alguien... *(Casi musitando.)* Esto es un círculo cerrado. *(Da unos pasos hacia el primer plano.)* Julián, Julián... *(En otro tono; débilmente.)* Esta noche me parece interminable; es como si el tiempo, las horas, los minutos y yo misma, no existiéramos y sólo fuéramos un vacío oscuro, sin fondo... oh, madrugada roja, más roja que la sangre que ha manchado este solar... y yo, aquí, esperando, esperando, esperando; pero ¿a quién? Sí, ya sé que no ha de venir, si es inútil toda esperanza; que no ha de venir, si mis palabras no significan nada, ni lágrimas, ni... *(Se ahoga en sollozos.)* ¿Qué puedo hacer?... ¿qué haré? *(Se arrodilla. Luego se sienta. Solloza.)* Lo he intentado todo. He hecho lo imposible y lo imposible me falla...

ESCENA TERCERA

(MARÍA, MADAME PITONISA y el DOCTOR MANDINGA.)

MADAME.— *(Entrando, con majestad.)* Deja de lamentarte tanto.

MARÍA.— *(Asombrada.)* ¿Cómo, tú aquí?

MADAME.— He venido porque me necesitas.

MARÍA.— ¿Cómo lo sabes? ¿Quién te lo dijo?

MADAME.— Para enterarme de las cosas nadie tiene que decírmelas. ¿Dudas? ¿No tienes fe? Pobre de aquél que la ha perdido. *(Pausa.)* Tú tienes que llegar al final...

MARÍA.— *(Casi musitando.)*..., del final, más allá del final. *(Llorando, desesperada.)* Ay, Madame Pitonisa, Madame... *(Se inclina sobre los pies de MADAME PITONISA.)*

MADAME.— *(Sentenciosa.)* Falta poco. *(Se sienta en un escalón más alto que el de MARÍA. MARÍA apoya su cabeza en las piernas de MADAME PITONISA.)*

DOCTOR.— ¡Qué oscuridad!

MADAME.— Deja las lágrimas. Anda, levanta la cabeza.
 DOCTOR.— (*Hace signos en el aire.*) Un poco de luz para este ser.
 MARÍA.— (*Con lágrimas.*) No ha venido. Yo pensé que aparecería entre las sábanas blancas, indignado, insultándome, dispuesto a lo peor; pero cerca, tan cerca de mí que... No sabes los esfuerzos que he hecho.
 DOCTOR.— (*Abre el paquete de los yerbajos y comienza a moverlo en el aire.*) Entre cielo y tierra... (*Barre hacia la puerta del fondo.*)
 MARÍA.— Dando vueltas y más vueltas, suplicando, me arrastraría besando el polvo, las paredes, las piedras, si me lo pide. Doy mi sangre por verlo, por saber lo que piensa, y si todavía, aunque sea muy poco, siente algo, Madame, algo...
 MADAME.— No sigas. Cálmate.
 MARÍA.— Ahí, desnudo, mirándome con rabia, apretándome el cuello, rechazándome, humillándome... ¡No importa! ¡Es él! ¡Imagínate lo que he sufrido!
 DOCTOR.— (*Se arrodilla. Con la mano derecha da tres golpes en el piso.*) Invoco a los espíritus dañinos e infernales...
 MADAME.— (*A MARÍA, fingiendo compasión.*) Lo imagino, María. (*En otro tono.*) Eres una niña... ¡Con lo que he tratado de ayudarte!
 MARÍA.— Si no me estoy quejando de usted, es de él, de Julián... Siempre ha creído que valgo poca cosa, al menos, eso es lo que me ha dicho, no una vez, sino cien, cien mil. Y eso me hace perder los estribos; y yo quiero romper y le grito y le exijo y le digo que no volveré a verlo nunca más y él me dice que sí, que si yo le digo eso es lo que se hará; y se queda como si ni lo más mínimo hubiera pasado, pero no puedo resistir y vuelvo, aunque haya jurado un millón de veces que no lo haría, y lo busco y le exijo y le digo que sí, que él tiene la razón, que soy una estúpida, que él es mil veces mejor que yo. Ahora, esto es terrible, Madame...
 MADAME.— (*Con mucha ternura.*) Cogiste el camino equivocado, María.
 DOCTOR.— (*Invocando.*) Por el espanto, las pesadillas y Belzebuth.
 MARÍA.— (*Evocando el pasado. Obsesionada.*) Aquella noche entró, ya le había dicho que no, que no podía ser lo que se proponía, que existían condiciones y condiciones, que Erundina dijo que no, que era una locura, que papá estaba enfermo, que iba a gritar, que

mi hermano dormía en el otro cuarto, que me dejara tranquila; y él no me hizo caso..., yo no pude aguantar, sus palabras me envolvían... Oía un ruido, una música, y yo le decía que no. (*Pausa. Vencida.*) Lo dejé entrar...

MADAME.— (*Fingiendo compasión.*) Los años pasan y sigues igual.
 DOCTOR.— (*Invocando.*) Por los ahorcados, condenados y ultrajados.

(*Simultáneamente.*)

MARÍA.— (*A MADAME.*) Mi hermano siempre me aconsejó desde el principio; él veía lo que venía...

MADAME.— ¡Con razón!

MARÍA.— ..., y papá y Erundina y Salustiano...

MADAME.— (*Rápida, interrumpiendo.*) No me vas a negar que yo también...

MARÍA.— (*Rápida, interrumpiendo.*) Sí, Madame. Lo sé y se lo agradezco. Pero yo...

MADAME.— (*Secamente.*) Acepta y olvida. (*MARÍA se levanta.*)

MARÍA.— (*Desesperada.*) No, eso no. No puedo aceptar. No puedo olvidar. Eso es demasiado fácil. Jamás me decidiré por una cosa semejante. ¿Acaso lo que he vivido es un juego inútil? ¿Crees que lo que he sufrido, mis sueños, mis desvelos, se pueden borrar y quedarse como si no hubiera pasado nada? Me niego. ¿Lo oyes? Me niego. ¿Crees que con olvidar basta? ¿Y mis hijos? ¿Quién puede borrarlos? Ellos están ahí. Gritan, piden, exigen, reclaman. A eso hay que enfrentarse. (*Pausa. Da unos pasos hacia el primer plano del escenario. Por un instante se transforma. Dulce. Íntima.*) Cada vez que los veo, veo la imagen de Julián. Ellos son Julián. No sólo yo... Ellos también necesitan de Julián. El destino es Julián.
 MADAME.— (*Entre risas burlonas.*) Pero, ¿qué estás diciendo, Ma-

ría? ¿Hablas en serio? No, no. Te burlas de mí. *(Entre carcajadas.)* Si ésa es la verdad, no puedo creerla.

MARÍA.— *(Con cierta amargura.)* Sí, ésa es la verdad. Yo no soy yo, soy otra. Mis pensamientos, mis alegrías, mi desesperación, mis hijos, si he llegado hasta el crimen, todo, todo lo mío es Julián. Mi vida no tiene otro sentido.

MADAME.— *(Con gran piedad.)* ¡Ay, hija mía, pones el dedo en la llaga! ¿No te das cuenta que todo eso es falso, que tiene que ver muy poco con la realidad? ¡Piensa, detente en lo que haces, en lo que dices, en lo que ocultas, en lo que te rodea, en lo que hace y dice Julián! ¿No ves que es un error? ¿Qué es lo que defiendes? Dime la causa, lo que tú crees, lo que tú piensas. ¿Tener a Julián? ¿Lo tienes? ¿Lo has tenido alguna vez? ¡Todo ha sido igual que ahora!... *(Pausa breve. Con intención.)* ¿Y tú? Dime, ¿cuál es tu sitio? *(Pausa breve.)* ¿Es tu destino ese triste papel de andar siempre en el vacío, en el aire, pendiente de sus deseos, de sus mezquindades, de si llega, de si está con otra, de no saber nada de nada? ¿Acaso tu destino es ése, nada?

MARÍA.— *(Furiosa.)* Váyanse, déjenme. Eres igual que Erundina. Eres igual que todos. Todos dicen lo mismo. ¿Por qué no me dejas en paz? ¿Crees que no tengo salidas? ¿Crees que no podré arreglarme como antes? *(Con sarcasmo.)* No sabía que los demás se ocuparan tanto de la felicidad o la desgracia de uno. Además, ¿qué les importa? ¿Porque he contado lo que sufro y lo que me atemoriza, se imaginan que estoy pidiendo protección?...

(MADAME PITONISA y el DOCTOR MANDINGA, en primer plano, comienzan a girar sobre sí mismos y a musitar con sentido rítmico, como si fuera un cántico, al unísono o alternativamente.)

MADAME.— Emperador Lucifer, dueño y señor de todos los espíritus rebeldes, te ruego que seas favorable en la apelación que te hago...

DOCTOR.— Yo te ruego también a ti, príncipe Belzebuth, que me protejas en mi empresa...

MADAME.— ¡Oh Conde Astaroth!, sé propicio y haz que esta noche...

DOCTOR.— Yo te ruego que dejes tu morada donde quieras que te halles para venir a hablarme...

MADAME.— Y que conceda..., la fuerza y la voluntad...

MARÍA.— *(Como una furia.)* No crean que será tan fácil; no crean que me podrán vencer.

MADAME.— *(En sus invocaciones, con acento lastimero.)* A María...

DOCTOR.— *(Imitándola.)* A María...

MARÍA.— *(Acorralada como una furia.)* No soy María. No soy nadie. No soy nada. Soy yo.

(MARÍA, de pronto, ha ido cayendo en trance. MADAME PITONISA y el DOCTOR MANDINGA continúan sus invocaciones y girando como si fueran cuerpos aéreos desde el primer plano hasta el fondo del escenario y en sentido contrario.)

MADAME.— De lo contrario, te obligaré por la fuerza de Alpha y Omega...

DOCTOR.— Y de los ángeles de la luz, Adonay, Eloín y Jehová, a que me obedezcas.

MADAME.— Obedéceme prontamente.

DOCTOR.— O serás eternamente atormentada.

(MARÍA, en trance, da vueltas por el escenario, mientras habla con los secretos demonios de JULIÁN.)

MARÍA.— *(Con ansiedad.)* ¡Julián! *(Iluminándosele el rostro.)* Oh, Julián... *(Como si JULIÁN la golpeará.)* ¿Qué haces? ¿Estás loco? ¿Por qué? ¿Por qué?... *(Ahogándose entre sollozos.)* ¡Oh, no, no...! No sigas. Espera, te lo suplico. *(Como si sacara dinero del pecho.)* Toma. Ahí tienes. Es tuyo. Todo. Sí, sí. Yo te explicaré. Te lo diré. No guardo nada. Soy buena. Te juro que soy buena contigo. Perico Piedra Fina está tramando algo en contra mía. Lo sé; pero tú me quieres, ¿verdad? Sé que no te importa que mi padre sufra y se esté muriendo y que a mi hermano lo hayan metido en la cárcel..., por un robo que no ha cometido. Fui yo, Julián, yo..., lo hice por ti... No te rías. Es así... *(Explicándole.)* Tú eres hombre y necesitas resolver, y como tú no puedes hacer lo que hacen los otros... *(Apasionada.)* Te necesito, amor mío. No puedo quedarme sola ahora... No me abandones. Haz lo que quieras; yo te seguiré a pesar de que tú... Me someto. Nada vale la pena en este mundo si no eres tú. Seré tu sombra, cualquier cosa. *(Pausa)*

larga. MARÍA se detiene. Ha visto claramente todo su pasado de horror, de pesadilla. MADAME PITONISA y el DOCTOR MANDINGA al fondo como dos sombras. Con profunda intensidad.) Te has ido, y no regresas. *(Pausa.)* Me vengaré. Sí, es lo único que puedo hacer. Al fin comienzo a ver claro, Madame Pitonisa. *(MADAME PITONISA no se mueve.)* Tú tenías toda la razón. Mi destino no es Julián. ¿Dónde está el espejo? *(Gritando.)* Erundina, Erundina. *(Comenzando a reconocerse en el espejo.)* Tengo un cuerpo. Aquí está. Ésa es mi imagen. *(Se burla amargamente.)* Mi cuerpo es el espejo. *(Comienza a reírse.)* El espejo. Ahí está señalándome lo que debo hacer, diciéndome: "No tengas miedo. Ten confianza. La vida, tu vida es lo único que posees y lo único que vale". ¿Cómo es posible que hayas estado ciega durante tanto tiempo? ¿No será todo esto un espejismo? No, no... *(Su risa es como un estallido de locura.)* ¿Qué boba, qué boba soy!... Ah, si supieras, Julián..., si supieras que ya no te deseo, que ya no representas nada. *(Largas carcajadas.)*

(Pausa. MARÍA cae de rodillas, en primer plano, en el centro del escenario. MADAME PITONISA trae un enorme cuchillo con el mango negro. Se acerca a MARÍA por el lado izquierdo... El DOCTOR MANDINGA trae un pequeño muñeco de cera. Se acerca a MARÍA por el lado derecho.)

MADAME.— *(A MARÍA, susurrante.)* Ahí tienes. *(Le entrega el cuchillo.)*

DOCTOR.— *(A MARÍA, susurrante.)* Clávaselo. *(Le entrega el muñeco de cera.)*

MARÍA.— *(Mirando el cuchillo y el muñeco, temerosa.)* No, ahora no.

MADAME.— Debes hacerlo.

DOCTOR.— No pierdas la oportunidad.

MADAME.— Haz la invocación que tú conoces.

DOCTOR.— Para que desaparezca.

MADAME.— Ten fuerza.

DOCTOR.— Un poco de voluntad.

MADAME.— Anda, dílo de una vez y para siempre. *(Comienza la invocación.)* Espíritu dañino e infernal... *(Hacen mutis.)*

MARÍA.— *(Repitiendo débilmente la invocación.)* Espíritu dañino e infernal, te conjunto a que pongas tus diversas cualidades al servicio mío para atormentar y hacer desaparecer a...

(MARÍA, el muñeco de cera y el cuchillo caen al suelo.)

ESCENA CUARTA

(ERUNDINA y LA SEÑORITA AMPARO.)

ERUNDINA.— Menos mal que se durmieron.

SEÑORITA.— Me siento culpable. Cuando empezaron a gritar:

"Quiero que venga mamá", no sabía qué decirles...

ERUNDINA.— Deja eso. No me mortifiques.

SEÑORITA.— ¿Habló ella? ¿La aconsejó? ¿Qué le dijo?

ERUNDINA.— Nada hice. Nada dijo.

SEÑORITA.— Pero..., ¿no habíamos quedado?...

ERUNDINA.— Es preferible así.

SEÑORITA.— Pero... Nosotras... Es nuestro deber. Podríamos detenerla.

ERUNDINA.— ¿Quién puede detener al aire y al fuego que se desatan?

SEÑORITA.— Tienes razón... *(Pausa. Señala hacia MARÍA.)* Mire, ahí está María.

ERUNDINA.— Vamos, hay que dejarla que piense, que piense.

SEÑORITA.— Debemos decirle que los niños, entre sueños la llaman...

ERUNDINA.— No, es mejor así. Es necesario que se las arregle sola, que se encuentre. *(Hacen mutis.)*

ESCENA QUINTA

(MARÍA, sola.)

MARÍA.— *(Desesperadamente.)* No puedo, no puedo. *(Pausa.)* Sin embargo, tengo que hacerlo. *(Respira hondo.)* Tengo que hacerlo, Madame Pitonisa. Tengo que hacerlo, Erundina. Tengo que hacerlo, Doctor Mandinga. Tengo que hacerlo, hijos míos. *(Pausa.)* Sí, es necesario que lo haga. Es necesario que me levante contra esa María que me arrastra y me humilla. *(Se levanta.)* Ya sé que no son los otros; eres tú, María, quien me empuja al vacío. Tú eres mi enemiga. Yo soy la otra, la que está en el espejo, la que estaba esperando y tenía miedo y no quería salir y se escapaba y no veía

que estaba sola; sola, aunque no lo quisiera, aunque creyera que no podía soportar la soledad. (*Enérgica.*) Déjame. Ahora comprendo. Ahora empiezo a descubrir lo que me rodea, lo que era mío y rechazaba. Ahora no tengo miedo. Sé que ando a tientas; pero éste es mi camino y no tengo miedo. Ahora sé que el amor es también tan fuerte como la vida y la muerte y que tal vez vida, muerte y amor sean una misma cosa. Ahora sé qué soy. (*Breve risa histérica.*) Que soy, que ya no existen ataduras, ni temores, ni humillaciones, porque sólo sabiendo, yo soy yo; que ya no me importan ni el bien ni el mal, que toda esa patraña la he borrado; ahora soy; que tus brazos, Julián, que tu cuerpo, Julián, son una triste historia; yo que he estado aferrándome a un fantasma, que necesito la vida, sí, la vida: en el horror, en la sangre, en la ternura, en la indiferencia, en el crimen. Sé que necesito la vida, que este cuerpo me empuja hacia la vida, que antes estaba muerta y que ahora soy María, soy yo. (*Pausa. Repentinamente ausente.*) ¿Dónde están mis hijos? (*En un grito.*) Erundina. (*Pausa. Otro grito.*) Señorita Amparo. (*Pausa.*) ¿Dónde se han metido? (*Pausa. Con odio, pero tranquila.*) Me vengaré, Julián. No podrás detenerme. Si he matado a los que creí piedras en mi camino... Será lo que tú no esperas ni imaginas. Llegaré al final del final, más allá del final. (*Gritando.*) Mis hijos. ¿Dónde están mis hijos? (*Pausa. Otro tono.*) Ahora no es el amor; o quizás, sí; un amor que va más allá de ti y de mí y de las palabras; un amor que exige el sacrificio y el odio; un amor que lo destruye todo para siempre empezar de nuevo. (*Pausa larga.*) Silencio. Ahí están mis hijos. Que nadie los despierte. Julián ha muerto y ellos seguirán dormidos para siempre. (*Hace gesto de silencio.*) Mi vida empieza, Julián. Mi vida empieza, hijos míos. María se ha encontrado. (*Como si viera aparecer multitud de espejos en el escenario.*) Un espejo, ahí. Un espejo, allí. Otro espejo, aquí. Estoy rodeada de espejos y yo también soy un espejo. (*Se ríe. Pausa.*) Silencio..., y es tanta la sangre. La sangre. La sangre... (*Con un repentino temor.*) ¡Ay, que me ahogo en la sangre!..., que me ahogo en un patio de sangre. (*En un grito espantoso.*) Vengan a detener la sangre. (*Cae de rodillas, de espaldas al público.*)

ESCENA SEXTA

(*MARÍA y el CORO.*)

BARBERO y MUCHACHO entran por el lateral izquierdo; MUJER DE ANTONIO y BONGOSERO entran por el lateral derecho; MARÍA en el centro del escenario.)

MUJER.— (*Mirando a todos lados.*) ¿Alguien ha visto a María?
 MUCHACHO.— (*Al público.*) ¿Alguien ha visto a María?
 MUJER.— Es necesario que alguien la aconseje.
 MUCHACHO.— Las declaraciones vendrán. Vendrán días negros, más negros que los que hemos pasado.
 BARBERO.— No hablen del pasado.
 MUJER.— El pasado no cuenta. ¿Qué importa que María haya tenido una vida heroica? Eso no vale ni un comino.
 MUCHACHO.— Aquí lo único que hacemos es gritar, gritar.
 BARBERO.— (*Ocupando su sitio.*) Gritar, gritar; ésa es la verdad.
 MUJER.— (*Gritando.*) ¿Dónde estás, María?
 BARBERO.— En un solo caballo andamos.
 BONGOSERO.— Andamos, no; nos hundimos.
 BARBERO.— No precipites una desgracia más.
 MUCHACHO.— Hay que detener a María.
 MUJER.— María, vuelve atrás.
 MUCHACHO.— Refréname.
 BARBERO.— No sigas en esa nube.
 BONGOSERO.— La violencia es un arma de doble filo.
 MUJER.— Piensa.
 BARBERO.— Reflexiona.
 MUCHACHO.— Tienes dos niños hermosos.
 BONGOSERO.— Dos hijos, que son el futuro.
 MUJER.— Sacrificate.
 BARBERO.— Críalos.
 MUJER.— Ponlos luego a luchar entre los hombres.
 BONGOSERO.— Así hacen todos los padres desde que el mundo es mundo.
 MUJER.— No vayas al crimen.
 BARBERO.— No seas una madre asesina.
 MUCHACHO.— No mancilles tu sangre.

BONGOSERO.— Que no te ciegue la pasión.

MUJER.— (*Melodramática.*) Detente. (*En tono solemne.*) No repitas la historia de Cuca Miraflores, la querida del Coronel Pancho Pujilato... (*En tono de chisme.*) Antonio me ha contado que esa pobre mujer..., hace muchos, pero muchísimos años y parece que fuera hoy..., después de darle fuego a la casa, con sus dos hijos dormidos. salió corriendo y se tiró al mar.

BONGOSERO.— Un mar de sangre nos rodea.

BARBERO.— ¿Qué podemos hacer?

MUJER.— Sangre, maldita sangre...

MUCHACHO.— (*Gritando.*) María, María...

BONGOSERO.— Bastante hizo con librarnos de Perico Piedra Fina, de su sombra, de su bastón.

MUJER.— Ay, María, estamos en deuda contigo...

BARBERO.— Nosotros, cuando lleguen las investigaciones, diremos: fue un accidente.

CORO.— (*Reconociendo a MARÍA.*) Escúchanos, María. No te hundas en la sangre.

ESCENA SÉPTIMA

(*MARÍA, el CORO y VOCES DE NIÑOS.*)

MARÍA.— (*Levantándose y recogiendo el puñal.*) La sangre es un espejo que me salva.

VOZ DE NIÑO.— (*Dentro, llorando.*) Mamá, mamá.

OTRA VOZ DE NIÑO.— Mamita, ven.

MARÍA.— (*Haciendo mutis con gran majestad.*) No teman, hijos míos, van a dormir, mis niños van a dormir, mis niños van a dormir, mis niños van a dormir.

CORO.— (*Tono solemne, casi cantando.*)

Sangré sangré sangré sangré
no te hundas en la sangre
sangré sangré sangré sangré
no te hundas en la sangre
sangré sangré sangré sangré
ay sangre ay perdición.

(*Los personajes del CORO caen de rodillas.*)

ESCENA OCTAVA

(*MARÍA, JULIÁN y el CORO.*)

MARÍA entra con las manos ensangrentadas, JULIÁN entra por el lateral izquierdo, con el rostro desencajado.)

JULIÁN.— (*Furioso. Manoteando.*) Al fin te encuentro. Bonita jugada. (*Moviendo la cabeza y mirándola de arriba a abajo.*) ¿Quién iba a sospecharlo? María, la buenota de María. Sin lugar a dudas eres una fiera. (*Escena muda de MARÍA.*) Mira, déjate de payasadas. (*Escena muda de MARÍA.*) No me fastidies, porque soy capaz de romperte el alma. (*Escena muda de MARÍA.*) Y no es que me las dé de comegente, sino que hago lo que me da la gana. (*Dándose golpes en el pecho.*) Soy hombre a todo. En realidad, si dejaba que me resolvieras era porque casi me lo pedías a gritos. Sí, chica, sí, ¿y qué? (*Escena muda de MARÍA.*) No huyas, que no te voy a pegar. ¿Crees que no lo sé? Me has usado como un imbécil. (*Escena muda de MARÍA.*) ¿Pero, ven acá, tú piensas que soy bobo o me chupo el dedo? Le diste un vino envenenado al pobre viejo... y luego, la hija, sin sospechar siquiera, también cayó en la trampa. (*Escena muda de MARÍA.*) Tu propósito era matarme, ¿verdad? Te falló la puntería. Mira a ver lo que dices. Todo el mundo comenta lo que hiciste. Vendrá la policía..., y vamos a ver cómo te las arreglas. Yo no quiero vérmelas otra vez con esa gente. (*Escena muda de MARÍA.*) Vengo a buscar a mis hijos. Son míos. Me los llevaré lejos, muy lejos, a un sitio donde la imagen de este solar sea una borrosa pesadilla. (*Escena muda de MARÍA.*) Al grano, ¿dónde están? Me los darás a las buenas o a las malas. (*Hace mutis. Pausa. En un grito, dentro.*) ¿Qué has hecho, María? (*Llorando.*) ¿Qué has hecho?

(*Comienza un toque de tambor. Los personajes del CORO se levantan al compás de la música y van rodeando a MARÍA, que intenta escapar. Esta escena debe sugerirse: no hacer hincapié en la danza.*)

CORO.— (*Cantando furiosamente.*) Asesina. Asesina. Asesina. Asesina.

(Los personajes del CORO entablan una lucha desesperada con MARÍA, que se defiende. Los personajes, uno a uno, tratan de vencerla. MARÍA lucha frenéticamente.)

MARÍA.— *(Tensa, jadeando. En un grito salvaje.)* Soy Dios.

(Los personajes del CORO la ven caer vencida. La arrastran hasta el primer plano; luego, horrorizados, la levantan como un trofeo.)

CAE EL TELÓN

La Habana, 1959-1960

La noche de los asesinos

Dos actos

*Para María Angélica Álvarez
Para José Rodríguez Feo*